

que se empeñaba en desacreditar los Jueces, y turbar el orden de los negocios, y procedimientos, queriendo hacer esta jurisdiccion odiosa. El Rey Don Felipe, que no se habia criado en estos usos, ni cuidaba mucho de este Tribunal, habia dado lugar à estos desordenes; los que favorecian à los culpados se fortificaban todos los dias, y como eran ricos, y acreditados, corrompian grandes, y pequeños con el dinero, y otras diligencias.

De esto resultaron muchas querellas que se dieron contra el Arzobispo de Sevilla, que egercia el cargo de Inquisidor General. La Ciudad de Cordova pidió justicia contra Lucero, que le habian hecho Comisario del Santo Oficio. Este Prelado habia querido tomar tiempo para informarse en este negocio: el Pueblo se conmovió, y abriendo las puertas de la Inquisicion, pusieron en libertad à los presos, y toda la Plebe tomó partido por los unos, y los otros. El Arzobispo puso la consideracion sobre este negocio, como uno de los mas importantes, y que podia tener grandes conseqüencias. El Condestable, y el Duque de Alba hicieron instancias al Papa, y al Rey, para que se revocáran estas facultades del Arzobispo de Sevilla, y para ponerlas en manos del Arzobispo de Toledo.

La presencia de Don Fernando se hacia mas necesaria todos los dias. Las Cartas con que instaba el Arzobispo, y además de esto, el temor que tenia de que le previniese la partida el Emperador Maximiliano, le obligaron à ponerse en camino. Como era tan habil, y experimentado en los negocios, puso todo en orden antes de su viage; embió Embajadores al Papa para prestarle el homenaje del Reyno de Napoles, y para ofrecerle todos los socorros, de que podia tener necesidad para mantenerse en la posesion de los Estados de Bolonia, que su Santidad acababa de recobrar; por complacer à Luis X. entró en la liga contra los Venecianos, y ofre-

Año
1507.

Año 1507. ció sus socorros al Mariscal de Caumon, Governador de Milán; y porque los Genoveses habian disgustado al Rey Christianisimo, prohibió en todo el Reyno de Napoles, y Sicilia, que no les vendiesen, ni trigo, ni otras cosas necesarias para la vida; tomó sus medidas de lejos con los Cardenales, para en caso de vacar la Santa Sede. No le quedaba sino un cuidado; que el Rey de Francia, por el articulo del ultimo tratado, habia dado en dote à la Reyna Germana, su sobrina, la parte del Reyno de Napoles que le pertenecia. Don Fernando habia deseado que hubiera hecho una cesion, ò renunciacion entera à él, y à sus sucesores.

Zurit. lib.
7. cap. 48.
tom. 6.

Dió à entender al Cardenal de Amboysa, primer Ministro del Rey Christianismo, que no deseaba cosa mas, que poder establecer una amistad, y union perpetua, è indisoluble con la Francia, para el reposo de las dos Coronas, y bien general de la Christiandad, que en nada se podia contribuir mas à esto, que con la exaltacion de un hombre de sus partes, y meritos para el Pontificado; pero aunque sus grandes deseos eran de verle en la Cathedra de San Pedro, seria dificil de elevarlo, sino se enmendaban algunos articulos que desplacian à los Cardenales, y à sus amigos; que diese à entender al Rey su amo, que el Reyno de Napoles pertenecia por derecho de sucesion, y herencia à la Casa de Aragon; que las particiones, y pretensiones diferentes, eran seminario de discordia para lo venidero; que los hijos, que esperaba le daria Dios de la Reyna, tendrian el honor de ser de su sangre, y por consequencia, eternamente adherentes, y obligados à la Casa Real de Francia; que Francisco de Valois, Duque de Angulema, que debia suceder en aquella Corona, no tendria en este punto la misma consideracion que el Rey Luis, como no le tocaba tan de cerca; que esta seria una obra digna de un Rey Christianisimo, de quitar toda ocasion de Guerra, y de mala inteligencia en-

trè las Casas Reales , y de fijar entre ellos una buena paz , que pasase tambien à los descendientes. Ofreció asimismo constituir à la Reyna , y despues de ella à sus hijos, diez mil florines de pension, y de dar al Rey, y à sus herederos quinientos mil ducados, amás de los que estaban contenidos en el tratado. Estas solicitaciones fueron inútiles ; el Rey entró en alguna desconfianza , despues que en los Estados, y Cortes de Napoles habia hecho prestar el juramento à la Reyna Juana , y no à la Reyna Germana.

Habia tambien recientemente desposeido al Gran Capitan. Sospechaba que habia tenido intencion de hacerse dueño de Napoles; ò haber querido aguardar el socorro del Emperador, como dependencia de la Corona de Castilla , para ofrecerle al Archiduque Don Carlos ; queja base de la disipacion que habia hecho de la Real Hacienda , y de la soberana autoridad con que habia dispuesto de los cargos del Estado, asi en paz , como en guerra. Resolvió llevarsele consigo à España , y de cubrir la injusticia que se le hacia con todas las apariencias de honor imaginables ; hizo que se despachase un decreto público , que contenia un elogio magnifico de este gran Varon , una protestacion solemne de las obligaciones que le tenia , y un testimonio autentico que queria dar de su fidelidad, y valor à todos los Principes, y à todos los Pueblos , no solamente del siglo presente, sino tambien de los venideros. Con todas estas alabanzas le quitó el Virreynato , y puso en su lugar à Don Juan de Aragon su primo , Conde de Ribagorza.

Despues de esto , el Rey Catolico partió de Napoles con diez y seis Galeras, y gran numero de Navios , en que habia embarcado sus tropas. El dichoso suceso de su expedición ; los aplausos de toda Italia ; los Nuncios que Julio II. le habia embiado para cumplimentarle; la alianza que habia hecho con la Francia; toda esta gloria le hizo olvi-

Año
1507.

Pol. Mar.
Españ. 171.
lib. 20.

Año 1507. olvidar las pesadumbres que habia recibido en España. Don Luis Ferrer, que hacia las funciones de Embajador, cerca de la Reyna, representó à esta Princesa ser muy del caso ordenar procesiones, y oraciones públicas, por el dichoso arribo del Rey, y respondió: *Me parece bien, mas el Rey mi padre, deja sus Estados, que están en paz, por venir à gobernar los mios que están en desorden: esta es una accion de gran merito; y esta caridad no tiene gran necesidad de ruegos, Dios le protegerá, y conducirá.*

Ped. Martir,
epist. 351.
lib. 20.

Este Principe se quedó algun tiempo en Sabona, à donde el Rey de Francia fue con pretextos de ver à la Reyna, su sobrina: aqui fue donde los dos Reyes, que habian antes tratado sus negocios por sus Ministros, se explicaron ellos mismos en estas celebres vistas, donde no tuvieron mas testigos, que el Gran Capitan, y à Antonio Palavicino, Legado de la Santa Sede. Los Reyes se separaron muy satisfechos el uno del otro, y Don Fernando, habiendose embarcado, arribó poco despues à Valencia. Pedro Navarro, Conde de Olivito, que se habia adquirido grande reputacion en las Guerras de Italia, habia desembarcado ya en aquellos puestos toda la Armada que traía de Napoles, en calidad de Capitan General, y el rumor de la venida del Rey se estendió por toda España.

Todos los Señores acudieron luego à donde estaba con tantas demostraciones de gozo, y amistad, como si no creyeran haberle jamás ofendido; recibíoles con tanta urbanidad, y caricias, como si hubiese olvidado las injurias que le habian hecho. La alegria de verse dueño en Castilla dispó sus sentimientos; la necesidad que tenia de los Castellanos para asegurar su Conquista de Napoles, hizo que les tratase mas afectuosamente que otras veces, y la experiencia de lo pasado le hizo tomar precaucion para lo venidero. Ganó à los principales; dió los cargos que vacaban à aquellos mismos, de quienes no estaba satisfecho,

Ped. Martir,
epist. 351.
lib. 20.

cho, y dió à entender à todos, que no solamente les perdonaba sinceramente, pero que ni se acordaba ya de sus faltas. Asi los empeñaba tambien para reparar, y enmendar sus obligaciones, y servicios, que vino despues à ser absoluto.

No reusó tampoco ver à Don Juan Manuel, que le habia suscitado tan graves, y molestas turbaciones, y se contentó de que el Duque de Najera le respondiese asegurandole de su animo, è intencion; pero Don Juan Manuel, que conocia el humor de Don Fernando, y que tenia ocasion de desconfiar, quiso mas retirarse à los Países Bajos, y vivir sin empleo cerca el Archiduque Carlos, que quedar debajo de la potestad de un dueño, à quien tanto habia ofendido, y que tendria tiempo para poder vengarse. Esto fue en ocasion que recibiendo el Rey los cumplimientos, y las excusas de los Grandes de España, dijo à uno de ellos, que le habia amado, y favorecido: *Quién habria pensado jamás que me hubieseis dejado, por tomar el partido de Filipo? Y él respondió: ¿quién jamás hubiera pensado que un Rey, ya de vuestra edad, Señor, hubiera vivido mas tiempo que un Rey joven como aquel?*

Quando supo la Reyna que el Rey, su padre, llegaba, aunque no dió muestra alguna de alegría, propuso ir à buscarle à las fronteras de Castilla; pero el Arzobispo se lo impidió, por las ordenes que habia recibido de Don Fernando; y por eso no dejó de salir hasta el Lugar de Tortoles, à donde se quedó. Incomodóla mucho un accidente que la noche de antes sobrevino: prendió el fuego en la Capilla en que habian depositado el cuerpo de su marido, y hubo mucho trabajo en salvarle del incendio; la Reyna se habia levantado, è hizo llevar el Feretro à su casa, donde le guardó hasta la mañana con grandes inquietudes.

Al verse los dos, la desconoció Don Fernando; abrazóla

Año 1506, con grande afecto, y junta la piedad con la ternura paternal, se le vinieron las lagrimas à los ojos; pareció tan bien que la Reyna por su parte se vino à enternecer, y dió alguna señal de alegría; conversaron los dos algun rato en presencia del Cardenal solamente. Despues de esto entraron los Cortesanos. Rogóle el Rey à su hija que le señalase Lugar à donde queria ir con la Corte, respondióle con respeto; *Las hijas deben obedecer à los padres.* Y Don Fernando replicó: *Que ella era su hija, pero que era la propietaria, y Señora del Reyno.* Determinóse de ir à Santa Maria del Campo porque habia abundancia de todas cosas, y habian entendido que ésta Princesa tenia alguna inclinacion de ir allá. El Rey partió por la mañana; pero la Reyna no quiso ir sino por la noche, como acostumbraba con triste aparato, y acompañamiento lugubre, porque llevaba el cuerpo del marido. Don Fernando, por no fatigarla, caminaba à cortas jornadas, y aunque hizo agasajo agradable à toda la Nobleza que venia de todas partes à su presencia, afectò desde que entró en Castilla unos ayres de Vencedor, y Conquistador. Las Guardas de à cavallo, y los Reyes de Armas le precedian con sus Mazas, y tres mil Soldados de las tropas viejas, que Pedro Navarro conducia, marchaban cerca de él con gran disciplina: recibió con sabia entereza las sumisiones que le hacian en los transitos, queriendo con las ceremonias, y magestad de su entrada, reparar la afrenta de la salida, y satisfacerse él mismo que venia con un poder soberano, mas como Rey, que como go-vernador del Reyno.

Mientras habia estado en Italia este Príncipe tubo gran correspondencia con el Papa Julio II. y le habia pedido con instancia el Capelo de Cardenal para el Arzobispo de Toledo, dándole à conocer que era un hombre de merito extraordinario, y que sus virtudes le habian elevado à la primera Dignidad del Reyno, y de grande auto-

Ped. Martir.
epist. 363.
lib. 20.

Zurit. lib.
8. cap. 7.
tom. 6.

ridad, en calidad de Primado de España; asegurando à su Santidad que haria una honra à la Iglesia, y que él tenia un respeto sincerisimo à la Santa Sede. El Papa le concedió muy voluntariamente el Capelo que le pidió para el Arzobispo, con el titulo de Cardenal de España, que Don Pedro Gonzalez de Mendoza habia tenido ya; y habiendo llegado el Rey con gran deseo de darle solemnemente las insignias de su dignidad, la Reyna se opuso, diciendo: *Que no le era decente en el estado en que se hallaba, que se hiciese en su presencia ceremonia alguna de alegría; que si el Rey tenia esta resolucion, podia irse con la Corte à un Lugar de la vecindad, y hacerle al Arzobispo todas las fiestas, y honores que merecia, que ella se encargaba de hacer llevar Tapicerias de oro, y seda, y todo lo que fuese necesario para autorizar la ceremonia.*

Aunque el Rey sentia que esta accion, que tanto queria celebrar, se hiciese en Lugar pequeño, convino acomodarse al dictamen de la Reyna. Hizo venir de Palencia à el Nuncio del Papa, que entró luego en la Corte; egecutóse asi, estando el Rey en visita con el Arzobispo, se le trajo à este Prelado un Habito rojo, y el Rey le quiso ver vestir, y le condujo à la Iglesia; la urbanidad del uno era tan grande, y el merito del otro de tanta estimacion, que ni se estrañaba que Don Fernando hiciese esta honra al Arzobispo, ni que el Arzobispo la recibiese. La ceremonia se hizo en Maamud, donde el Rey se halló con toda la Corte. El Nuncio dijo la Misa, y se hizo todo con singular gozo, y magnificencia. Despues el nuevo Cardenal embió à dar parte al Capitulo de Toledo del honor que el Papa le habia hecho, y dió orden para que en toda su Diocesis se hiciesen oraciones para pedir à Dios que le surtiese esto en bien de la Iglesia, y beneficio suyo.

Recibió al mismo tiempo las provisiones del cargo de Inquisidor General, que le fueron despachadas, habien-

Año do hecho dimision del puesto el Arzobispo de Sevilla.
 1507. Este Tribunal del Santo Oñcio fue establecido en Es-
 Alb. Gom. paña el año de 1477. Los Reyes Don Fernando, y Doña
 ibid. m. Isabel lo instituyeron, y se declararon Protectores, y los
 Robles, cap. Papas lo autorizaron; esta jurisdiccion fue llamada Inqui-
 17. sicion, porque su fin era el buscar, y castigar à los Here-
 ges, y Apostatas que combatian, y corrompian la Reli-
 gion de Jesu-Christo. Fray Thomás de Torquemada, de
 la Orden de Santo Domingo, Prior de Santa Cruz de Se-
 govía, fue el Autor: este fue Confesor de Doña Isabel,
 desde su infancia, y la habia hecho prometer, que si Dios
 algun dia la elevaba al Trono, seria su principal negocio
 el establecer un Tribunal para el castigo, y destruccion
 de los Hereges, persuadiendo que la pureza, y simplici-
 dad de la Religion Catolica, era el fundamento, y basa
 de un Reyno Christiano, y que el medio de mantener la
 paz en la Monarquia, consistia en restablecer la Religion,
 y justicia.

Quando se desposó con Don Fernando, este Religioso
 les representó al uno, y al otro, que la licencia, y liber-
 tad de costumbres crecian todos los días; que la mezcla
 de los Christianos con los Judios, y los Moros, pervertian
 la Fé, y la piedad de los Pueblos; que era necesario hacer
 exacta inquisicion de los errores, è impiedades de aquel
 tiempo, y de restituir la disciplina en su vigor; que los
 Obispos, à quienes por el Derecho antiguo pertenecia
 esta averiguacion, solo procedian por via de anatemas, y
 con castigos espirituales; que para detener estos desor-
 denes estremos, convenian remedios mas fuertes, y sen-
 sibles, y que el mayor, y mas importante de todos los ne-
 gocios, que es el que mira à Dios, y à la Religion, pedia
 un Tribunal particular, mas soberano, y mas severo que
 los otros: alegaba el egemplo de Santo Domingo, y San
 Vicente Ferrer, que habian sido grandes perseguidores de
 los Hereges. Pusieron los Reyes dentro su corazon, estas
 ad-

advertencias, que el Cardenal de Mendoza apoyó con sus razones, y con su gran credito; y poco tiempo despues obtubieron del Papa una comision Apostolica de Inquisidor General de Castilla, y Leon, para el mismo Fray Thomás de Torquemada, con poder de embiar, segun las ocurrencias, Comisarios à diversos Lugares.

Hizose la Inquisicion de aquellos que judaizaban, que profesaban, ò que enseñaban heregias, que tenian Religion contraria, ò que habian dejado la verdadera; quemabanlos quando el crimen, y escandalo eran considerables, y si no, los condenaban à prisiones, à multas, y à confiscacion de bienes. Ofrecióse al principio perdon à todos los que quisiesen reconocerse, y recibir la absolucion Canonica: en el primer acto de Inquisicion hubo diez y siete mil personas reconciliadas à la Iglesia; dos mil quemaron, y el numero de los fugitivos fue mayor. Los Pueblos tuvieron dificultad de acostumbrarse à esta nueva forma de Derecho, en que los hijos eran castigados por los pecados de los padres, donde el acusador no parecia, ni los testigos se declaraban, ni se manifestaban; y donde la pena de muerte les parecia que se declaraba facilmente; pero les dió à entender que las leyes de la Iglesia se mudaban segun los tiempos; que la libertad de pecar, se aumentaba, y era justo que la severidad del castigo fuese tan grande; y que eran indignos de la vida, los que violaban la Religion de Jesu-Christo, y las practicas santas de los antiguos Padres.

El Papa aprobó estas reglas, revocó las comisiones de los Inquisidores que se nombraron en Valencia, y se embiaron letras Apostolicas al Padre Fray Thomás de Torquemada, obligandose à no elegir para este ministerio, sino dos Religiosos Dominicos. Reconocióse luego el grande fruto que producía tan santa institucion; pero se determinó despues, que como esta jurisdiccion era tan importante, y tan absoluta, convenia cometer este

Año 1507. empleo à personas de virtud sólida, y de grande autoridad, y puso los ojos el Rey Don Fernando en el Cardenal Ximenez.

Zurit. lib. 8. cap. 5.
tom. 6.

Murmuróse en el Reyno de que el Rey se mezclaba en mudar el gobierno Eclesiastico, y que despojaba al Arzobispo de Sevilla, à quien debia honrar por su gran piedad, y atencion à su servicio, por ganar al Arzobispo de Toledo, de quien tenia necesidad en este tiempo; pero estos dos Prelados vivieron siempre en una grande inteligencia, el uno dimitió el cargo por mostrar su moderacion, y el otro lo admitió por satisfacer su zelo.

Ped. Martir,
epist. 393.
lib. 21.

Deseando el Cardenal cumplir exactamente con este empleo, distribuyó luego sus comisiones à sugetos desinteresados, y reços: hizo prender à Lucero, que habia sido causa por sus indiscreciones, y violencias de las sediciones de Cordova, y embió sobre esto à todas las Iglesias de España instrucciones públicas, y formulas de la direccion, y forma que se debia tener con los nuevos convertidos, sus hijos, y sus domesticos en la practica de la Religion; y en la manera que estaban obligados à asistir à los Santos Mysterios; el cuidado que importaba tener para instruirlos, y para irlos elevando, por grados, à la Fé Christiana, y de la diligencia que debian poner ellos mismos en abstenerse de las ceremonias de los Judios, y Mahometanos, y de otras supersticiones, por cada una de las quales les imponian sus penas. Que en quanto à los juramentos, y blasfemias habia ya leyes severissimas, establecidas por los Reyes, y concluia diciendo: que aquellos que fuesen comprehendidos en tales crímenes, experimentarían su indignacion.

Alb. Gom.
lib. 3.

HISTORIA DEL CARDENAL XIMENEZ.

LIBRO TERCERO.

Despues de haber pasado un mes entero en compañía de su hija el Rey Catolico, resolvió ir à Burgos para hacer su entrada, y establecer su gobierno. No convenia à su Dignidad andar con ella de Lugar en Lugar: la Corte se incomodaba, y los negocios estaban sin despacho; habiendo sabido esta Princesa la resolucion de su padre, le significó el disgusto que tenia, y le rogó la permitiese quedar en Arcos con el cadaver de su marido, porque no podia entrar en el Lugar donde su marido habia muerto; el padre condescendió à la debilidad de su hija, y se fue con el Cardenal à Burgos, donde se concertaron los medios de restituir en los negocios, el orden que el Reynado de Filipo habia enteramente rebuelto. Hizo venir à la Reyna Germana, su esposa, que estaba en Valencia, para suavizar un poco la soledad de la Reyna. Las imagines que en alguna ocasion habia formado esta Princesa de la Reyna Germana, las habia ya borrado, y la deseaba ver; levantóse con gran respeto à su lle-

Año
1508.

Ped. Martir,
epist. 363.
lib. 20.

Año 1508. gada; pidióle la mano para besarsela, y la honró despues como à madre.

Despues que el Rey fue reconocido en Burgos por Governador, y Administrador del Reyno, con aprobacion universal, partió luego à castigar la rebelion de Don Hernando de Cordova, Marqués de Priego. Este era un Señor de natural pronto, y ardiente, cabeza de una de las primeras casas de España, y sobrino del Gran Capitan. El Rey, que habia buscado la amistad de los Grandes de Castilla, no le habia escrito, ni hecho hablar: este menosprecio le ofendió, y su orgullo le llenó de un poder imaginario, creyó hallarse en estado de dar à entender à su dueño que merecia ser agasajado como los otros; y que no habiendo sido mirado como amigo util, podria venir à ser enemigo peligroso: enlazóse con un partido de Nobleza de Andalucia, y tomó la primera ocasion que le pareció para manifestar al mundo su resentimiento.

Habiendo muchos sediciosos causado gran desorden en Cordova, el Magistrado de aquella Ciudad, ordenó que se prendiese à los mas culpados; fueron presos, y llebandolos à la Carcel, la familia del Obispo de Cordova los quitó de las manos de los Oficiales de la justicia; escandalizó esta accion à todo el País; y le llegaron las quejas al Rey estando en Burgos. El Rey embió à Hernan Gomez de Herrera, Alcalde de su Casa, con algunos Archeros, para conocer de la rebelion, y à fin de que este procedimiento se hiciese con mas libertad, intimó al Marqués de Priego, y à Don Francisco Pacheco, su primo, saliesen de la Ciudad, mientras se instruí, y sentenciaba la causa; el Marqués, bien lejos de obedecer, le dijo à Herrera que se retirase, y sitiandole de noche en su casa, le hizo llevar por la mañana al Castillo de Montilla, donde le tuvo ignominiosamente. Despues de este atentado, levantó gente de apie, y de à cavallo en

todas

todas sus tierras; hizóles entrar en Cordova; puso Cuenpo de Guardia en todas las puertas, con pretexto de ciertos ruidos de peste que se habian estendido por aquellas partes; hizo una Alarma, y convocó à los que se creían condenados à muerte, que resolvieron todos defender la vida.

Año
1508.

Esta rebelion irritó al Rey, y le fue necesarió en sus principios, atajar el curso de estos malos egemplares. El Marqués habia incurrido algunas veces en el mismo exceso, y era necesario quitarle la esperanza del perdón. Tenia una liga con la Nobleza del País, que convenia deshacerla, y no estaba arrepentido de dar nuevas pesadumbres al Gran Capitan. Don Fernando resolvió ir en persona à Cordova para castigar esta inquietud, y mantener la autoridad de la Justicia: mandó à todos los Señores que le siguiesen; los Pueblos de Andalucia, y los Cavalleros de Calatrava tuvieron orden de tomar las armas; juntó toda la Infanteria, y Cavalleria que tenia consigo, y para mostrar su indignación, hizo publicar, en nombre de la Reyna, un orden, para que los Pueblos, al rededor de Sevilla, de edad de veinte hasta setenta años, saliesen à tomar las armas, ò montar à cavallo para seguir al Rey, que iba à castigar al Marqués de Priego.

El Gran Capitan, que seguia la Corte, sintió en el corazon esta desdicha de su sobrino; aconsejóle viniese à echarse à los pies del Rey para inplorar su clemencia, y le escribió estas pocas palabras: *Sobrino mio, todo lo que tengo que deciros cerca del exceso que habeis cometido, se cifra en que vengais, sin detencion alguna, à ponerlos en las manos del Rey; si lo biciereis asi, sereis perdonado, y si no, sereis castigado.* Suplicó à su Magestad perdonase à este joven, y le aseguró muchas veces de su obediencia, y le acordó los servicios de Don Alonso de Aguilar, su padre, que murió como Heroe, combatiendo con los Moros

Mariana,
lib. 29. cap.
13.
Zurit. lib.
8. cap. 21.

Año 1508. en su servicio; escusandose el Rey Catolico de hacer esta gracia, y dar este egemplar, le respondió este grande hombre: *Todo el mundo, Señor, está resuelto à servirlos, y vuestra autoridad está tan establecida, que no teneis necesidad de satisfaccion para lo pasado, ni de remedio para lo venidero.* Todos los Grandes procuraron aplacar al Rey: el Duque de Alba le embió à su hijo para este fin, pero no fueron escuchados.

Zurit. cap. 22. lib. 3. tom. 6. El Cardenal Ximenez, hallandose en Tordesillas, pasó à Valladolid à visitar al Gran Capitan, donde se le quejó de la severidad excesiva del Rey Catolico, y sobre todo, de la convocacion inusitada de los Pueblos de Sevilla, y tanto mas, quanto el Marqués estaba pronto à echarse à los pies de su Magestad, quando pasase por Alcalá de Henares. El Cardenal le respondió que no era esta suficiente satisfaccion; que convenia que su Sobrino pusiese todas sus Plazas en las manos del Rey, como en prendas de su fidelidad, y de su obediencia; y que con menos que esto, ni grandes, ni pequeños le podrian defender de la severidad de las leyes, porque no era tanto este negocio del Rey, como de la Reyna, y del Reyno.

El Marqués, informado de la indignacion implacable de Don Fernando, vino à Toledo siguiendo el consejo de su tio, con toda su familia, para echarse à los pies del Rey; pero este Principe no le quiso ver, y le hizo intimar que luego entregase sus Castillos, y que se detuviese cinco leguas de la Corte. Luego el Gran Capitan embió à Alonso de Alvarez al Rey, con un Memorial de todos los bienes de su sobrino, y de todas las Plazas que poseía, con orden de decirle: *Veis aquí, Señor, el fruto de los servicios de nuestros abuelos; este es el precio de la sangre de aquellos que han muerto, que no nos atrevemos à rogaros que contéis por equivalencia alguna los servicios de los vivos.* Fue necesario obedecer, y puso el Rey en el Castillo de Priego à Don Rodrigo de Figueroa, y en las

las otras Plazas à otras diversas personas nombradas para su gobierno.

Don Fernando partió de Toledo con seiscientos hombres de armas, quatrocientos Cavallos, y tres mil Infantes, y se iba engrosando al paso que iba entrando en el País. Quando llegó à Cordova, animó luego al Pueblo, que estaba alterado; mandó prender al Marqués, sin que persona alguna le osase hablar, y dió orden al Consejo Real para que se le hiciese Proceso; acusósele de crimen de lesa Magestad, y interrogandole sobre este punto, respondió modestamente: *Yo no quiero justificarme, ni me conviene pleytear con mi Rey. Yo le suplico solamente que se acuerde de los servicios de mi padre, y de mis abuelos, juntando à ellos los que he deseado hacerle; yo no recurro sino à su clemencia.* Hicieronse grandes egecuciones en la Ciudad; condenaronse à muerte à muchos Cavalleros, y las casas de algunos fueron arrasadas.

Antes que el Rey fuese à Toledo, el Condestable le embió à rogar que perdonase al Marqués; pero no habiendo tenido respuesta favorable, y entendiendo despues, que sin atender à las sumisiones de este Señor, se le hacia su Proceso, escribió al Rey: *Que habiendo el Marqués hecho su deber, no se le debia tratar tan rigurosamente; que suplicaba à su Magestad se acordase cómo habia muerto su padre, y cómo habia vivido el Gran Capitan su tio; y le dió à entender asimismo, que se admiraba de rigor tan severo.* A quien el Rey le respondió: *Que se admiraba mucho mas de que se hallasen delinquentes con Proceso de rebeldes; y que él prefiriese el interés de un particular, al de la Justicia, y servicio de la Reyna.* El Condestable se sintió tanto de esta respuesta, que estuvo cerca de salirse del Reyno, diciendo: que él servia al Rey por gracia, y por benevolencia, y à la Reyna por razon, y por obligacion; pero el Duque de Alba ajustó esta diferencia.

Entretanto el Consejo Real declaró que el Marqués,

Garabay, lib.
20. cap. 10.
Zurit. cap.
22. lib. 8.

Año 1508. según las leyes, merecía la muerte, y la confiscacion de sus bienes; pero considerando el Rey que habia puesto su persona, y Plazas en sus manos, y queriendo usar de clemencia con él, y moderando el rigor del Derecho, se contentó con desterrarle de Cordova, y Andalucia; con tener todos sus Castillos en su poder; y hacer arrasar, para egemplo, el Castillo de Montilla, que era la Casa mas agradable, y adornada de toda España. Todos los Grandes tuvieron por muy excesivo este castigo, y el Gran Capitan se retiró à Loja, y el Rey se alegró mucho de tenerle como desterrado.

Luego que Don Fernando partió de Burgos para Cordova, el Cardenal tomó la rota de Alcalá de Henares para visitar sus Colegios, y para poner en egercicio esta Universidad, à donde habia embiado Profesores célebres, y concurría mucha juventud para los Estudios. Vió con extremo placer sus Fabricas acabadas, y luego nombró en su Colegio mayor treinta y tres hombres mozos, que la mayor parte habian venido de Salamanca, à quienes aumentó doce Capellanes, y con cargo de hacer en ciertos dias, sufragios por él, por sus parientes, y amigos; y embió à todas las Universidades para sacar los hombres mas sabios de Europa; y como no perdonaba quantos cuidados, y gastos podian conducir para esta fundacion, que quería eternizar en menos de tres meses, tuvo un numero muy cumplido de Profesores; él mismo les dictó las reglas, tanto para su forma de vivir, como para el orden, y manera de enseñar, à fin de que la Diocesis fuese educada por su direccion, y la juventud elevada en letras, y en piedad, en que siguió principalmente los estilos de la Universidad de París, à que miró como las mas Noble, y mas bien gobernada de todas.

Para hacer esta fundacion mas durable, instituyó muchas Plazas para Mozos, que reconocia de espíritu, y la pobreza les impedia el proseguir sus Estudios. Dió rentas

muy considerables à sus Colegios, unió muchos Beneficios, y propuso premio, y recompensas para excitar la emulacion de los Estudiantes, de suerte, que en poco tiempo los Estudios fueron muy florecientes. La entrada se hizo con una procesion solemne, donde el Cardenal asistió; y quiso que se renovase todos los años, para rogar à Dios se dignase de bendecir sus buenas intenciones, y para ofrecerle los frutos que produciria la buena educacion de la juventud; y porque en adelante podrian suceder negocios dificiles, en que los hombres de letras tuviesen necesidad de patrocinio, les nombró por Protectores perpetuos al Rey de España, al Cardenal de Santa Balbina, y al Arzobispo de Toledo: al Rey de España, porque no solamente podia defender, mas aumentar sus Privilegios: al Arzobispo de Toledo, porque estaban en su jurisdiccion; y al Cardenal de Santa Balbina, por el honor del titulo que llevaba.

Como su principal designio era formar buenos Theologos, capaces de servir à la Iglesia, puso su principal cuidado en mantener buenos Profesores, asi para la interpretacion de las Santas Escrituras, como para las opiniones diferentes de la Theologia Escolastica; y aunque fuesen buenas las rentas de las Cathedras, y los Doctores tuviesen ocasion de ser premiados, consideró, que despues de haberse mucho tiempo egercitado en los Colegios, necesitaban de quietud, y abundancia, y dijo muchas veces: que habia dado à mucha gente honrada que comer largamente, y que era muy justo; porque no tuviesen inquietud en buscar con que sustentarse, y para esto obtuvo del Papa Leon X. que la Iglesia Colegial de San Justo, y Pastor se hiciese anexa à la Universidad, y que fueran afectas sus diez y siete Canongias à los mas antiguos Doctores. Hizo reedificar la Iglesia à sus expensas, y dejó renta anual para el sustento de la fabrica, à fin de que no estuviesen los Prebendados obligados à

Año
1508.

Año 1508. sus reparaciones. Dió asimismo providencia de destinar una de estas Canongias à un Profesor del Derecho Canonico, à fin de que hubiese uno que fuese entendido en los negocios, y que dirigiese el orden de los Procesos, para que à los otros no se les inquietase en sus Estudios.

Y para que no faltase comodidad alguna à muchos pobres Estudiantes, hizo fabricar un Hospital para que estuviesen asistidos por el tiempo de sus enfermedades. Ordenó que fuese esta casa grande, porque no podia tolerar que hubiese en los Hospitales estrecheces para los enfermos, porque se comunican muchas veces los males, infestandose los unos à los otros con sus mismos alientos, y se afligen con los llantos que oyen à los otros, y muchas veces quedan consternados con la vista de aquellos que mueren cerca de ellos; y habiendo los Arquitectos formado estrechas las Salas, puso allí algunos pobres Eclesiasticos, è hizo fabricar otras para los enfermos. Como se trabajaba con tanto ardor en hacer grande esta Universidad, la que habia fundado en Sigüenza, el Arcediano de Almazan, Don Juan Lopez, pidió que se transfiriera, è incorporase despues de la muerte del Arcediano en la de Alcalá; pero el Cardenal que antes de su elevacion habia sido muy amigo del Arcediano, reusó esta union, aunque hubiera contribuido mucho al aumento de su obra, y no quiso que se hiciera este agravio à un hombre tan honrado, que habia amado en otro tiempo.

Alb. Gom.
lib. 4.

Juan Ver-
gara.

Quando el Cardenal se ocupaba en su Universidad, no dejaba de tomar las medidas para la expedicion de Africa. Escribia muy freqüentemente al Rey Don Fernando, y tenia cerca de sí personas de noticias arcanas, que trataban secretamente de los medios, y del orden de esta Guerra; porque aunque el estado de la vida que habia abrazado, y la Dignidad de que estaba revestido, le

guia-

guiasen à la paz , y al estudio de ciencias humanas , y divinas , siempre le daba lugar para interpresas militares; tenia un espiritu muy magnanimo, y un valor invencible; tomaba las resoluciones con prudencia, y las mantenía con constancia ; las dificultades jamás le hicieron desmayar ; era naturalmente justo , ardiente , è infatigable en reducir las cosas al punto en que debian estar. Una de sus maximas fue , que los hombres no se sujetan à los hombres sino por temor , y acostumbraba à decir: que jamás Príncipe alguno se hizo temer de los estraños , y respetar de los suyos , sino quando tenia las fuerzas en la mano. Esta fue la primera precaucion que tomó quando se encargó del gobierno del Estado , y los Soldados viejos confesaban que jamás habia estado la gente de Guerra , ni mas estimada , ni mas bien pagada que en este tiempo.

Luego que fue Arzobispo de Toledo , y hubo entrado en los Consejos , como era hombre de tan grandes designios , y ardiente zelo de la Religion , pensó en los medios de hacer guerra contra los Infieles. Negoció una liga entre Don Fernando , Rey de España , Don Manuel , Rey de Portugal , y Enrique , Rey de Inglaterra , que estuvo en punto de concluirse , y egecutarse , y el fin era la Conquista de la tierra Santa. Aun se guarda una Carta , en la qual el Rey de Portugal le escribió: *Yo juntaré muy gustosamente mis fuerzas con las del Rey Don Fernando , esperando que Dios bendecirá nuestras Armas , y que oirá los votos de tan grande Arzobispo , que no tiene cosa alguna tan puesta en su corazon , como borrar la Sècta Mahometana , y reducir todos los Infieles à que reconozcan à Jesu-Christo. El zelo que yo he hallado en vuestro animo para esta expedicion , es una prueba de que Dios lo desea , y montais mas para conmigo , que uno de los mas poderosos Reyes de la Europa ; porque à más del dinero que ofrecéis contribuir generosamente , y la autoridad que os ha dado vuestro caracter , y*

Quintani-
lla de Bello
Africo.
Alb. Gom.

Año 1508. *aun mas vuestra virtud, el designio que tenéis de ir en persona con los Principes Confederados, les debe animar à esta empresa; porque vuestros consejos serán de grande ayuda, y vuestra presencia, como un auspicio del buen suceso de esta Guerra; sera de gran gozo para los Reyes Christianos; si el Cielo los hace victoriosos, el recibir de vuestra mano el Cuerpo, y Sangre de Jesu Christo, sobre el Sepulcro del mismo Señor. Reconocese por el contenido de esta Carta, que el Arzobispo habia adaptado una instruccion copiosissima de todos los preparativos que convenia hacer, y los inconvenientes que era preciso quitar; que habia recogido de las Historias pasadas todo quanto podia servir à disponer esta expedicion; que tenia hecha la Carta de la Navegacion, demarcando hasta los mas menudos escollos, de manera, que no habia Piloto que estuviese mejor instruido que él; y que la memoria que habia dado de la manera de gobernar esta Guerra, era tan juiciosa, y tan conforme à los Lugares, y à las personas, y à las reglas militares, que parecia que no habia tenido jamás otro empleo que este. Mucho se podia esperar de la union de estas tres Potencias; pero el arribo del Rey Filipo en España, y las diferencias que sobrevinieron entre el Papa Julio II. y el Rey de Francia, mudaron la intencion, y deseos del Rey Catolico.*

Conociendo el Cardenal las dificultades de formar, y mantener esta liga, se contuvo con las expediciones de Africa, en que solo las fuerzas de España podian ser bastantes. Hallabase tan sentido de las presas, y rebatos que los Moros hacian, sin resistencia, en las tierras de los Christianos, que daba todos los años sumas considerables para redimir los Esclavos que cautivaban: por otra parte, el zelo que tenia à la Religion le hacia buscar los medios de conquistar aquellos Infieles, à fin de convertirlos. En este tiempo Geronymo Vianel, que conocia la Africa, sobre todas las cosas, habiendo comprehendido

Fernando
del Pulg.
Juan Frias
de Bello.
Oran art. 2.

por

por los discursos del Cardenal; y por las questionnes que proponia, que pensaba llevar allá la Guerra; con gran cuidado le iba instruyendo en los Puertos, en las Baías, y en todas las particularidades de aquella Costa Maritima que mira à España. Pusole tambien en gran deseo de atacar el Gran Puerto, que los Moros llaman Mazalquivir, mostrandole los medios de ganarle, y la importancia de esta Conquista. Esta proposicion agradó al Cardenal, porque este Puerto era comodo, seguro, y capaz de contener un gran numero de Bajeles; y los Españoles haciendose dueños de él, podian pasar libremente quantas fuerzas quisiesen à la Africa.

Vianel, despues de haberle explicado la situacion de los Lugares, le hizo plantas con las descripciones exactas de las Plazas, y las alturas, y llanos de sus cercanias. Describió, sobre todo à Orán, en una eminencia, con sus Murallas, sus Torres, y todas las ventajas de su situacion, batido del Mar de un lado, y rodeado por otro de Jardines, y Fuentes que le regaban; era por otra parte una de las mas celebres Ciudades de la Mauritania, rica por sus ferias, y comercio, dichosa por la fertilidad de su territorio, y muy nombrada por sus ayres sanos, y templados; contabanse en ella seis mil casas, con mucha proporcion fabricadas; las Mosqueas, y Arsenales, los Baños, y otros muchos edificios públicos, hermozeaban la Ciudad; eran los habitadores libres, è independientes, y solamente pagaban todos los años un tributo al Rey de Tremecen.

El Cardenal sobre estos diseños, y relaciones, tomó resolucion de sitiar esta Ciudad, tanto porque su Conquista seria famosa, como porque quitaba à los Moros todo el poder de maltratar à los Christianos; pero juzgó bien que no llegaria á conseguir jamás este fin, si antes no se hacia dueño del Gran Puerto; y esta fue la causa porque le pareció convenir el ir en persona allá. Escribió al Rey Don Fernando, y le rogó discurriese sobre

Marmol,
part. 2. lib.
5. cap. 17.
Alb. Gom.
lib. 4.

Año 1508. este negocio, y avisase prontamente lo que resolvía. Deseaba toda la Nobleza con ansia esta Guerra, y el Rey estaba muy inclinado; pero los gastos que había hecho en la Conquista de Granada, y en las Guerras de Sicilia, habían consumido sus rentas, y hacienda, y respondió, que aunque lo deseaba, no tenía el dinero necesario para tan grande empresa. El Cardenal temía que se perdiese la ocasion de aprovecharse de la presencia de Vianel, y que el ardor de la juventud de la Corte no se refriase, para esta expedición, si se difería: ofreció al Rey prestarle el dinero que hubiese menester, y de sustentar dos meses à la Armada que sitiase à Mazalquivir.

Mariana,
lib. 18. cap.
15.

Hicieronse luego las levas de Soldados, juntóse la juventud, armaronse los Bajeles, mandóse marchar à las tropas viejas que estaban en España, nombróse à Don Fernando de Cordova General del Egercito, y à Don Ramon de Cardona para mandar la Armada, à Don Diego de Vera por Comisario General de la Artilleria, à Gonzalo de Ayora, Capitan de las Guardas, y à otras muchas personas de reputación, y de merito, por Oficiales Generales, y sobre todo, à Vianel que había de ser la guía, y el conductor de la Armada. Embarcaronse en Malaga à tres de Septiembre, y pocos dias despues llegaron delante de Mazalquivir. Los Moros que estaban informados del Armamento que se hacia, y que habían puesto Centinelas en las Torres, y en las Montañas, advirtiendole que la Armada de España se acercaba, hicieron todos los esfuerzos para impedir el desembarco à los Españoles; pero viendo que sus flechas, y cañones no les atemorizaban, encendieron sobre todos los Lugares elevados muchos fuegos, segun su costumbre, que servian como de señal, y en poco tiempo toda la Mauritania estuvo con las Armas. Al amanecer se vió la Campaña cubierta de Cavalleria, è Infanteria, que se iba ordenando, y las alturas de alrededor ocupadas de mucha gente, de que

Ayora de
Bello. Ma-
zalquivir.

que se iban engrosando todos los momentos.

Como esta muchedumbre venia en desorden ácia la Rivera, los Españoles se mantuvieron, y tuvieron tiempo de atrincherarse. De otra parte la Armada entró en el Puerto, y se comenzó como se esperaba la empresa. Todo este dia se pasó en reconocer el terreno, fortificar el Campo, disponer los ataques, y oponerse à los socorros que venian à Orán de otras muchas partes. Después de su embarco habian tardado por el viento contrario, y los Generales no habian querido despachar Correos hasta que hubiesen hecho alguna cosa memorable. La Corte estaba con grandes inquietudes, y se oían con cuidado los rumores inciertos que se estendian; el negocio era muy dificultoso, y el suceño estaba dudoso por los bravos guerreros que defendian la Plaza, y el Governador, que con su vigilancia, y valor les animaba.

La Fortaleza de Mazalquivir, donde estaba esta Guarnicion, estaba rodeada del Mar, y no tenia sino una legua de tierra ácia el medio dia, sobre la qual dominaba una altura, necesaria à los unos, para conservar la Plaza, y à los otros, para atacar, y tomarla; este puesto se disputó largo tiempo, y los Españoles, al fin, se apoderaron de él. Comenzaron à batir la Plaza de esta parte, y los Bajeles la batian de la parte del Mar. Entretanto el Rey de Tremecén habia embiado sus tropas, y la derrotaron los Españoles en muchos encuentros, y el Governador de la Plaza, que se hallaba en todo, fue muerto; y mientras se trabajaba en hacer poner una bateria sobre las fortificaciones, se vió la defensa en estado de haber de ceder. Los enemigos trabajaban con mas precaucion, y menos ardimiento; y como vieron que todos los pasos estaban cerrados, y que no se podian introducir tropas, ni provisiones por Mar, ni por tierra, propusieron una tregua por algunos dias, al fin de los quales prometieron rendirse si el Rey de Tremecén no les embiaba una Armada para su socorro.

Año
1508.

Pasado el tiempo de la Guerra, sin apariencia de socorrerlos, habiendo dispuesto Don Fernando de Cordova sus tropas para dar asalto, embió un Trompeta à los sitiados, para reducirlos à cumplir su palabra, y para decirles que iba à obligarles por fuerza dentro la Plaza, con lo qual se dieron Rehenes de una, y otra parte; concedió à los Moros la libertad de salir con sus mugeres, è hijos, y de llevarse todo lo que podian cargar sobre sí, è hizo publicar al mismo tiempo en su Egercito, que si se cometiese algun desorden, se castigaria luego con pena de muerte; dió tres dias à los sitiados, en los quales se estuvo él mismo à la puerta de la Ciudad para impedir que no los turbasen: pasaron todos tranquilamente con sus cargas por medio del Egercito, y no hubo sino un Soldado de los ultimos ranchos, que por avaricia, ò brutalidad, habiendo ofendido à una de las mugeres, lo pasaron luego por las armas para satisfaccion de los Moros, y para egemplo de los Españoles: asi se hizo Don Fernando dueño de la Plaza, y despachó luego dos Correos al Rey, y al Cardenal, para darles aviso del dichoso suceso de esta empresa.

Habiendo el General repartido à sus Soldados los viveres que los Moros habian dejado, les permitió descansar algunos dias, y escogió despues los mas esforzados para la Guarnicion de la Fortaleza, embiando à España la Armada por haberse gastado ya el dinero, y no ofrecerse otra cosa que emprender. Orán por su situacion, y por el numero de sus habitadores, por las tropas regladas que lo guardaban, estaba sin peligro de ser atacado, y no habia fuerza que bastase para esta empresa; por esto resolvió esperar las ordenes del Rey, sin cesar entretanto de reparar el Puerto, la Villa, y la Fortaleza. Ganada esta Victoria, tuvo tanto mas de gozo la Corte, quanto en un mes no se habia sabido cosa alguna de la Armada; en fin, en toda España se hicieron grandes regocijos; ordenaron-

se procesiones por ocho dias , para dar gracias à Dios de la posesion de este Puerto, que ponía toda la Costa, y el Reyno en seguridad, y abría una entrada à la Conquista de toda la Africa. Poco tiempo despues , Don Diego de Vera, y Don Gonzalo de Ayora , arribaron para dar cuenta al Rey de lo que había pasado, y llevaron al Cardenal, como en homenaje, una porcion del Butin, y un Baston de Evano, de una hermosura, y negregura admirable, que había servido à uno de los principales Alfaquís de los Moros. Este Prelado lo guardó algunos dias por honor, y despues lo embió à Alcalá para que se conservase en su Universidad, como monumento de esta Victoria, y una prenda de la amistad que los Cabos habían tenido con él.

Alb. Gom.
lib. 4.

El Rey mandó pasar à Africa cien Cavallos, y quinientos Infantes, debajo la conducta de Rodrigo Diaz, hombre estimado por su Nobleza, y por su valor, à quien dió el puesto de Lugar-Teniente de Mazalquivir; hizo venir à Don Fernando à la Corte; recibióle con muestras particulares de estimacion, y venevolencia, y le hizo Governador de esta Plaza. El Cardenal le alabó en presencia del Rey, y le dijo, que no había persona mas capaz para defender esta Plaza que él, que la había Conquistado; que los Moros que habían probado su valor, le respetarian y que España podia prometerse que llevaría muy adelante sus Victorias, en un País en que acababa de abrir camino. Esta Conquista costó tres mil escudos de oro, suma considerable para aquel tiempo, y se asignó todos los años otra tanta cantidad para conservarla.

Las turbaciones que sobrevinieron à España, interrumpieron los designios que Don Fernando, y el Cardenal tenían de proseguir sus Conquistas en la Africa. Habiendo Don Fernando de Cordova, despues de haber llegado à su gobierno, comenzado las correrias, los Moros hicieron las suyas de su parte; esta era una Guerra continua,

Año 1508. en que esté Capitan frequentemente llevaba ventaja; pero habiendo los Infieles tomado un Lugar sobre la Costa de España, y pasando à cuchillo à mugeres, y niños, amenazaron à hacer otro tanto à Mazalquivir; no pudo Don Fernando sufrir esta insolencia, y se abanzó ácia Orán con tres mil hombres de à pie, y cerca dos mil Cavallos, con designio de sacar el Egercito de los Moros à Campaña, y combatirle. Empeñóse tanto en la entrada del País, que dió lugar à los enemigos para juntar todas sus tropas; de suerte, que fue oprimido por la multitud, y todas sus gentes fueron hechas piezas. Sucedió esto el año de 1507. un poco antes que el Rey Catolico bolviese de su viage de Napoles.

Mariana,
lib. 29. cap.
9.
Fed. Martir,
epist. 312.
lib. 20.

El Cardenal, que governaba entonces à España, sintió tanto esta pérdida, que hubiera luego marchado con todas las tropas del Reyno para la Guerra de Africa; pero la indisposicion de la Reyna, y la occurrencia de los negocios le detuvieron, y sobre todo, la ausencia del Rey Don Fernando, sin cuyo consentimiento no creía poder emprender una expedicion de esta importancia; pero luego que llegó el Rey, y que todo fue puesto en orden, el Cardenal trató con este Principe, y le instó à que pasase él mismo à Africa con un Egercito, ó que le diese à él la comision; representandole, que un Principe Christiano no debia estar ocioso quando le llevaban sus Pueblos por esclavos, y que convenia aprovecharse de la ocasion que Dios le habia dado de conquistar la Africa. El Rey dió à entender que no estaban aun las cosas tan compuestas, y firmes, que no fuese difícil levantar un Egercito para esa expedicion, en tiempo que el Rey Filipo habia desperdiciado hasta su Patrimonio, y él mismo habia gastado parte de su hacienda en su viage de Napoles; y que menos que no se le asistiese mucho, no podia satisfacer à los empeños de la Guerra. El Cardenal que era tan zeloso por la Fé, arrebatado de

piedad de ver tantos Christianos esclavos , siempre dispuesto à quanto miraba al servicio de Dios, y à la grandeza de la Monarquia , se ofreció à hacer todos los gastos de esta Guerra , y para ir à combatir en persona , y derramar su sangre , si convenia, por la Fé de Jesu-Christo. Don Fernando comenzaba à amar la quietud , y no sabia si los Grandes del Reyno eran del todo suyos , y por otra parte , sentia cargarse de una expedicion que le habia de costar mucho , aunque fuera grande la asistencia ; al fin , aceptó la proposicion del Cardenal, y la hizo aprobar en su Consejo.

Despues que este rumor comenzó à correr, cada uno hablabá à su modo. Unos decian : *Que esta era alegre ambicion , querer un Obispo ser General de una Armada ; que todo estaba trocado en España ; que Gonzalo Fernandez , el Gran Capitan , no hacia mas que rezar Rosarios en Valladolid, y que el Arzobispo de Toledo no pensaba sino en hacer la Guerra en Africa.* En que no se consideraba que los Arzobispos de Toledo habian siempre servido con sus bienes , y sus personas contra los enemigos del Estado , y de la Religion. Otros decian : *Que este era un hombre temerario , y sin prudencia, que emprebendia una cosa fuera de su capacidad , y de su empleo ; y que un Rey poderoso , y acostumbrado à la Guerra , como Don Fernando , tenia muchas dificultades para esta Conquista ; que esto era exponer las tropas à perderse , confiandolas à un hombre que habia sido criado en un Claustro , y que no sabia hacerse temer de los enemigos , ni respetar de los Soldados.* Hombres habia que preciandose de politicos , creían que el Cardenal , y el Rey se habian querido engañar el uno al otro ; que el Cardenal deseando mandar , tenia designio de empeñar al Rey , y à toda la Nobleza en pasar à Africa , para quedar dueño de España ; y que el Rey habia condescendido con el Cardenal , y que las muestras exteriores que daba de que lo deseaba , era , ò para consumirle con fatigas , ò para hacerle

Año
1508.

Alb. Gom.
lib. 2.



Año 1509. le odioso con los malos sucesos de esta Guerra. Pero el Rey que conocia las virtudes del Cardenal, y que habia dado testimonio seguro en todas ocasiones del zelo que tenia para destruir los enemigos de la Fé de Jesu-Christo; alabó su desigñio, y dijo muchas veces à los Señores, que era un egeemplo de Religion, y valor; que todo el Reyno debia dar muchas gracias à un Prelado de esta edad, y de este merito, que despues de haber trabajado por el Estado, queria ahora exponerse à los trabajos, y peligros de la Guerra, por la defensa, y por la gloria de la Religion; que convenia asistirle con todas las fuerzas del Reyno en tan santa empresa; y ordenó luego, que todas las Galeras, y todos los Bajeles estuviesen à punto de juntarse en Malaga, ò en Cartagena, segun el orden que diese el Cardenal; que se comprasen viveres para el Egercito en los Lugares vecinos; que se hiciesen Almagacenes de polvora; que los Comendadores de las Ordenes Militares, viniesen en persona à servir à sus expensas, como era costumbre, quando se trataba de defender el Estado contra los Infeles; que todas las Milicias que estaban pagadas para marchar en estas ocasiones, se juntasen; que se diesen al Cardenal todas las provisiones que los superintendentes habian hecho para el Rey en Malaga; y que los viveres que su Magestad debia contribuir, fuesen llevados hasta el Puerto, en que el Cardenal se habia de embarcar.

Robles, cap.
22.

No siendo propio de la persona del Arzobispo el reprimir la licencia de los Soldados, se embiaron dos Comisarios para juzgar las causas Criminales, y para ordenar soberanamente todo lo que miraba al Egercito. Asistia el Cardenal à su Consejo, y de autoridad suya se resolvia todo; pero queria que se creyese que los Ministros del Rey lo disponian, à fin de contener mas facilmente los espiritus, por el respeto de la autoridad Real; dióle tambien el Rey Catolico Firmas en blanco para despachar

comisiones, y para crear nuevos Jueces, segun las necesidades; porque no convenia à un Arzobispo abatirse à estas suertes de procedimientos, y castigos.

Estando asi las cosas en orden, el Cardenal pensó en levantar tropas, y hacer Almagacenes, por el consejo del gran Gonzalo. Resolvió valerse de Pedro Navarro, Conde de Oliveto, que se habia señalado mucho en las Guerras de Italia, y que poco tiempo despues tomó à los Moros el Peñon; comunicóle sus designios, pidióle su parecer, y le nombró General de su Armada, con la aprobacion del Rey Catolico; ordenóle juntar las tropas que habian servido en las Guerras de Napoles, y que fuese prontamente à Malaga à visitar las municiones de boca, y Guerra, que el Consejero Vargas le pondria en sus manos, para hacerlas transportar diligentemente à Cartagena. Entretanto hizo levantar el Cardenal Soldados en su Diocesis, y en todo el Reyno, y muy brevemente juntó un Egercito de diez y seis mil hombres; nombró los Coronales, de los quales eran el Conde Altamira, Juan de Espinosa, Gonzalo de Ayora, y Juan de Villalva, y algunos otros capaces de ser Cabos en semejantes Guerras. Dió à Villaroel, Governador de Cazorra, un Cuerpo de quatro mil Cavallos, y hizo à Vianel Mariscal de Campo, porque conocia el País, y sabia mejor que qualquiera otro, dónde convenia el campar, por dónde seria mejor atacar, y qué Guarniciones importaba reforzar, ó disminuir.

Pero considerando que en vano hacia estas prevençiones, si faltaba el dinero, habia tenido con estos designios grande cuenta, y razon algunos años antes; y como los sucesos de la Guerra son inciertos, y no era de su Dignidad, ni de su prudencia el empeñarse en un País enemigo, sin tener repuestos para sus necesidades, y para los accidentes que podian suceder, escribió à el Cabildo de Toledo, rogandole contribuyese para tan santa empresa; representóle, que otras veces se habian

Año
1509.

Zurit. cap.
28. lib. 8.
tom. 6.

Ped. Martir,
epistol. 413.
lib. 22.

Año 1509. empleado las rentas Eclesiasticas en echar los Moros de España, y que no era menos necesario emplearlas para impedir que los Infieles no bolviesen ; que era muy justo que ellos tuviesen parte en esta buena obra, y que le asistiesen, pues era su cabeza, y no solamente daba sus bienes, mas aun exponia su vida por la defensa, y aumento de la Religion. Era cosa no practicada en estos tiempos las contribuciones Eclesiasticas, y no habia mas motivo que los peligros evidentes de la Guerra, y asi era necesario Breve de la Santa Sede, porque se miraba como cosa injusta, y odiosa, cargar los Beneficios de impuestos, y subsidios; y se habia observado que siempre habian sucedido algunas desdichas à los que asi habian atentado contra la Iglesia. Pero el Cabildo no se escusó, ni mostró sentimiento, ni alegó sus inmunidades, antes ofrecieron, no solamente asistir con sus bienes, sino tambien seguirle à Africa, y pelear debajo sus Vanderas, lo qual le fue de grande gozo, tanto por la amistad de que le daba testimonio su Clero, como por el egeemplo, que su Iglesia daba à las otras, en una ocasion como esta.

Alb. Gom.
lib. 4.

Todo este año se pasó en instruir la Armada, juntar el dinero, levantar las tropas, y recogerlas; pero el año siguiente hubo grandes trabajos, y dificultades, y fue necesaria una constancia, como la suya, para superarlas; porque despues que se hubieron hecho las levas de gente de Guerra por toda España, que se nombraron Oñciales, y que corrió el rumor de esta expedicion hasta los enemigos, hubo personas que conmovieron el animo del Rey, dandole à entender que esta empresa era desesperada; que no era razon confiar un negocio de esta importancia à un hombre sin experiencia, y educado en la soledad; que convenia que el Rey considerase los gastos de esta Guerra; que no estaba en estado el Cardenal de poderlos cumplir; que para no disgustar à este Prelado, se le entretendria esta fantasia que se le habia puesto

en la cabeza; y que despues de haber gastado sus rentas, se bolveria sin hacer cosa de provecho, y dejaria la Armada del Rey, y la juventud de España à discrecion de los Africanos.

Año
1509.

El Rey Catolico escuchó estos discursos, y comenzó à temer este empeño; difirió el cumplir los socorros que habia prometido, y los Superintendentes, que habian de poner la Armada en su estado, y entregarla al Cardenal con todas sus municiones, le hacian perder la sazón oportuna; en quanto à los viveres, estaban tan lejos de dárse-los, segun el acuerdo que habian hecho, que se queria que se vendiesen mas caros al Cardenal, y hacerle comprar la necesidad que tenia. Viendo estas dificultades el Conde Navarro, que creía insuperables, propuso otra Conquista mas facil, y procuró que le hiciesen General de la Armada, independiente del Cardenal. Dilatabase el convocar las Ordenes Militares, y no se instaba à las Milicias. Quando los Agentes del Cardenal solicitaban al Consejo Real, y al Rey mismo, les desvanecian, y burlaban con diversos pretextos las persuasiones que hacian. Quando entraba el Invierno, decian que en el Puerto de Cartagena, y en Malaga, no estaban seguros los Bajeles; quando se acercaban los calores, oponian que las tropas perécerian en Africa, y siempre se hallaba dificultad para transportar las Municiones.

Habiendo advertido el Cardenal estas dilaciones, no dejó por eso de perseverar, escribió al Rey Cartas mezcladas de ruegos, y llantos. De parte de la Religion representaba que estaban entrambos obligados à defenderla por su amistad, por el amor que habia tenido siempre à su persona Real, por los servicios que habia hecho hasta de las rentas de su Estado, y le rogaba que no abandonase una empresa tan importante; representabale tambien, que su honor estaba empeñado; que el negocio habia venido à un punto, que no habia medio para retroceder;

Epist. Card.
ad Regem.

que

Año 1509. que no levantaria jamás tropas si licenciaba aquellas, y que los Soldados, indignados, irian à buscar à otra parte Generales, y Guerras; que se le habia hecho gastar tanto, y que no era justo que se le perdiese su reputacion, y credito; y que en fin, no se debia tratar asi à un Arzobispo de Toledo, y à un Cardenal. Y en quanto à lo que se decia que estaba sin juicio, y sin razon, tocaba al Rey justificarse asimismo, y defender su estimacion, de que siempre le habia dado fiel testimonio; él respondia despues de esto à todas las dificultades que le oponian; que la sazón no era mala; que Don Fernando de Cordova habia conquistado el gran Puerto en este tiempo; y que toda suerte de Navios abordaban todos los dias sin peligro del Fuerte del Peñon à Malaga, para traer provisiones; que no temiese que al Egercito le faltase cosa alguna. Que él tenia viveres para las tropas, y para pagarlas quatro meses, y que si la Guerra duraba mas, sobre sus proprias rentas aseguraba que recibiria socorros de muchas Iglesias, y que no convenia buscar tantas excusas.

Que en lo demás habia sabido, como el Conde Navarro habia propuesto una empresa mas facil, y que queria encargarse de ella; que convenia no escucharla, porque él no podia tomar otro partido que encaminarse à Orán, cuya conquista cubria toda la Costa de España, y daria entrada en toda la Africa, y que era mejor ganar una Ciudad opulenta, y un buen Puerto, que atacar una Fortaleza poco importante, de donde ordinariamente no se saca ventaja considerable, y no se pierde menos gente; que en fin, si se persistia en querer abandonar esta empresa, él tenia en que ocuparse en Toledo, y Alcalá, y que iria à licenciar sus tropas, por temor de que la ociosidad de los Soldados no causase algun desorden en el Reyno; y que en quanto à él, quedaba en quietud, y contento de haber satisfecho su conciencia, y de haber mostrado à los Pueblos, y à todos los hombres de bien, el

de-

deseo que habia tenido de servir al Estado, y à la Religion.

■ Escribió poco despues esto mismo à sus Agentes, y les avisó, que verdaderamente estaba no irritado, ni indignado (que no es de un particular irritarse, ni indignarse contra un Rey) pero sí admirado de esta mudanza; que despues de tantas tropas levantadas, tantos viveres amasados, tantos cañones que él habia comprado, y hecho fundir, tenia sentimiento de no haber adelantado mas. Que era necesario esperar, que en lo venidero, el Rey tomase mejores medidas, y se dejase menos pervertir, y que el Consejero Vargas, y los demás, se arrepentirian de las calumnias que habian inventado contra su persona; estas querellas obligaron à que el Rey pensase seriamente en lo que hacia; no era el mas alabado en cumplir las palabras que habia dado, ni le era seguro romper un designio, que los Pueblos habian aprobado con señales de alegría, y de reconocimiento extraordinario. Los Grandes de España, que no habia aun enteramente sosegado, entrarian en gran desconfianza si él tratase así à un hombre, à quien debia tan grandes obligaciones. Muchas gentes de valor, que estaban empeñadas con este Prelado, y que estaban à la frente de sus tropas, comenzaban à murmurar; los Soldados no querian que se les engañase, y si se les hubiese licenciado, ellos hubieran estendido por España las buenas intenciones del Cardenal, y los malos consejos de la Corte.

■ El Rey escribió al Cardenal que detuviese el Ejército para la Primavera, y que no tuviese de esto molestia alguna, y le dió su palabra que cumpliria exactamente todas las condiciones del tratado que habia hecho con él; esta respuesta le consoló; pero sobrevinieron nuevas dificultades. Habiase convenido que se transportarian todas las Municiones de Malaga à Cartagena, à donde el Cardenal se habia de embarcar; otros persuadieron al Rey, que nó convenia que se entregasen al Conde Navarro, ni al Cardenal, porque los enemigos podrian apoderarse

Año

1509.

Epist. Ximenez ad Ayalam.

Folio de B.
Ho. Oran. art.
1. & 6.Folio de B.
Ho. Oran. art.
1. & 6.

Año de ellas, ó se consumirían en otros usos, y esto causó
 1509. grande daño en la Armada; que seria mejor ponerlas en
 deposito en las manos del Governador de Mazalquivir,
 que cuidaria de distribuirlas à la Armada quando lle-
 gase al Puerto. El Cardenal rechazó esta proposicion, y
 creyó que no seria prudencia llevar esta Armada, y no
 tener los viveres en su poder. Además de esto temia la
 insolencia de los Soldados de esta Guarnicion, que poco
 tiempo antes habian reusado reconocerle Governador,
 hasta que les dió la paga de los meses que se les debia.

Como no se le dió sobre esto respuesta alguna positi-
 va, y se le avisaba de la Corte, que todo estaba preven-
 nido, y que caeria en falta, sino iba prontamente à Car-
 tagena, donde se satisfaria sobre todas las demandas,
 respondió: que hasta que se le hubiesen quitado todos
 los obstaculos, y se le hubiese dado entera satisfaccion,
 estaba resuelto à no salir de Alcalá; que no iria à poner-
 se à la frente del Egercito, à la contingencia de bolverse
 afrentosamente. Fue en fin forzoso el reglar las cosas
 como quiso; y aunque los Comendadores de las Orde-
 nes Militares, y algunos Cuerpos de Milicias no habian
 aun llegado, hizo venir los Oficiales Generales, y à los
 Coroneles, y les intimó à cada uno lo que debian hacer.
 Navarro tomó la rota de Malaga para conducir la Ar-
 mada à Cartagena, y los otros fueron cada uno à sus
 quarteles, para hacer marchar las tropas al lugar de la
 reseña. El Cardenal partió para Toledo, acompañado
 de muchas personas de calidad, y un gran numero de do-
 mesticos, y de veinte y quatro Governadores de las Pla-
 zas, dependientes del Arzobispado; hizo presentes à to-
 dos, segun su calidad, y condicion; iban vestidos de
 Escarlata, con Armas lucientes, montados sobre Cavallos
 ricamente enjaezados, y seguido cada uno de su reca-
 mara; los Pueblos salian à verles pasar, y rogaban à
 Dios que bolbiesen victoriosos.

Juntó sus Canonigos en Toledo, y les declaró los motivos, y causas de su empresa, dandoles las gracias del zelo, y amor que mostraban por el interés de la Religion, y por el honor de su Dignidad. Encomendó su Diocesis à Don Juan de Velasco, Obispo de Calahorra. Fue à hacer Oracion à todas las Iglesias de la Ciudad, y sobre todo, à la Cathedral, dedicada à nuestra Señora, y partió par irse à juntar con el Egercito en Cartagena: Muchos Canonigos quisieron seguirle, y él les alabó su intencion, no dandoles lugar à que lo egecutasen; solo tomó dos para compañia hasta Cartagena, y los bolverió à embiar à Toledo con toda su comitiva, diciendoles que importaba que quedasen en su Iglesia para edificacion, y servicio de ella; y que se conservasen para su gozo, ò consuelo, segun el suceso que Dios quisiera dar à sus armas; el uno era Don Francisco Alvarez Magistral, y el Cardenal tuvo gran complacencia de verle marchar con veinte y quatro domesticos, todos magnificamente vestidos; el otro era Don Carlos de Mendoza, Abad de Santa Leocadia, Ilustre por su Nobleza, y por su virtud, que habia tenido siempre mucha parte en los consejos, y designios del Arzobispo.

Partió el Cardenal de Toledo el primer día de Quaresma, al fin de Febrero, y pasando siempre que podia por Lugares de su jurisdiccion, distribuia limosnas à los pobres, consolaba à las mugeres, cuyos maridos iban alistados, diciendoles que el Cielo bendiciria su valor, y que ellas los bolverian à ver luego enriquecidos de despojos de Infeles. Escribió en el camino à Don Lope de Ayala, su Agente, que iba marchando, y que esperaba noticia de que la Armada se habria embarcado; y porque sus enemigos no cesaban de dar à entender al Rey, que no tenia con que satisfacer los gastos de la Guerra, le ordenó que fuese à ver à su Magestad, y le digese que habia embiado tanta moneda à Malaga, que des-

Año
1509.

Frias de Bello Oran art. 5. & 6.

Frias ibidem Alb. Gom. lib. 4.

Alb. Gom. lib. 4.

Año 1599. despues de haber abundantemente proveído todos los gastos necesarios, y pagadoló todo, le quedaban diez mil escudos de oro para los pobres, ó para qualquiera otra buena obra. Quando llegó à Cartagena, las tropas se animaron mucho, y su presencia hizo que cada uno à porfia, y emulacion, diese testimonio de su zelo. Navarro vino de Malaga, y le participó que la Flota estaba apresada, y que arribaria el dia siguiente.

Despues de haber dado luego dió orden para todo lo necesario, hizo poner Cavallos de posta de distancia en distancia, à fin de que el Rey fuese prontamente avisado de todo lo que pasase en Africa. Recomendó al Correo de Miranda que hiciese gran diligencia, y pusiese cuidado en esto, señalándole cada mes veinte y dos escudos de oro. Tuvo grande esperanza de vencer; y habiendo sabido que en este mismo tiempo el Rey embiaba alguna Infanteria à Italia, para contener à la Ciudad de Napoles en su deber, le escribió, que luego que acabase su expedicion, le embiaria una parte de Armada à Italia; que él mismo pasaria si conviniese, y que no olvidase quanto pudiese importar al bien del Estado, y Dignidad Real.

Pero quando estaba ya todo junto, y se disponian para hacerse à la vela los Soldados, porque no se les queria pagar hasta llegar à Africa, comenzaron à murmurar, y protestar que no se embarcarian, si no se les cumplia lo que los Capitanes les habian prometido. Un Oficial de Alcalá de Henares, que se habia alistado en las Milicias que la Villa habia levantado, excitó esta sedicion; era atrevido, y grande hablador, y se metió à murmurar en el Campo: *Que esta Guerra era dificil; que el Rey no habia osado emprenderla, y que un Frayle la emprendia; que ellos no tenian que esperar de tal General, sino que los habia de llevar al matadero; que no era posible que él pudiese satisfacer los gastos de la Guerra; y que si los hacia pasar una vez à Africa, habian de temer mas à la hambre, que al enemigo;*

migo: que en fin, ni le era seguro, ni honroso servir debajo de la mano de un Religioso de San Francisco, que se mezclaba en un negocio que no sabia, y que queria acostumarlos à vivir de limosnas, como otras veces habia obligado à sus Religiosos. Inquietó tanto à sus compañeros con este discurso, que un partido del Egercito se separó, y tomó una Colina, mostrando sus picas, y espadas para dar à entender que no los sosegarian facilmente.

Esta rebuelta penetró sensiblemente al Cardenal, y el sentimiento que tuvo mayor, fue saber que Vianel le favorecia debajo de mano, y que el Conde Navarro era el Autor. El Cardenal no tenia prenda alguna para tener satisfaccion de este General. Este era un Soldado de fortuna, sin cultura, dispuesto siempre à faltar en el respeto debido à este Prelado; habia pretendido nombrar Capitanes, y disponer los cargos de la Armada, sin su participacion; proponia igualmente atacar à Tremecen, como à Argel, y otras veces à Tripol. El Cardenal entendió que si él se embarcaba una vez, se haria ser dueño de la Armada, y de la empresa; Navarro tenia estas sospechas, y temiendo que el Cardenal tuviese algun orden secreto para embiarle contra los Venecianos, propuso que se echaria antes en el Mar, que hacer la Guerra à gentes de su Religion. Era cosa de estrañar, que habiendo sido el uno toda su vida Clerigo, y Religioso, quisiese mandar las Armas, y siendo el otro Soldado toda su vida, tuviese escrupulo de ir à hacer Guerra à los Christianos.

Zuric. cap.
30. lib. 6.

Vinieron al fin à grandes claridades, despues de las quales, Navarro juró fidelidad, y obediencia al Cardenal en las manos de Don Antonio la Cueva, en presencia del Conde de Altamira, y de otros Oficiales. Una de las causas de queja contra este Comandante, era que habia hecho muchas presas en la Costa, y que jamás habia reservado porcion alguna para servir à los gastos de la

Año
1509.

Guerra, como estaba obligado por un tratado; desuerte, que conociendo el Cardenal el humor avaro, è inquieto de este hombre, aprendió que no habia seguridad de que no llevase la Armada à otra parte, y por esto no habia querido pagar los Soldados hasta que estuviese en Africa. Además, de que habia ordenado que los Tesoreros distribuyesen por su mano la paga à cada Soldado, porque los Capitanes detenian muchas veces parte de ella, ò la diferian, y llenaban las Compañias de sus criados, à fin de aprovecharse del sueldo.

Navarro no habia osado contradecirle; pero maliciosamente manifestó à los Oficiales, y sobre todo, à los que habian servido debajo de su mano en Italia, y à quienes habia cebado en el pillage, que esta estrecha cuenta no nacia de él, que sabia mejor vivir con los Soldados; que corria à cargo de un hombre austéro, que no les dejaria aprovecharse nada, y que apenas les daria lo que les era debido. Los Oficiales estendieron este ruido en las Compañias, y de esto procedió el motin de los Soldados, que gritaban insolentemente; que pague, que pague el Frayle, que está bien rico.

Vianel entretanto estaba al lado del Cardenal continuamente, y por mejor encubrir su inteligencia con Navarro, hacia prender quantos Soldados sediciosos podia, de los que se iban del Campo, y al momento los colgaban, ò pasaban por las Armas. El Cardenal discurrió que esta justicia era demasiado sévera, y mandó à Villaroel, Governador de Cazorra, de quien tenia entera confianza, y à quien habia dado el gobierno de la Cavalleria, que hablase à Vianel de su parte, y le advirtiese, que bastaba ya el haber castigado à algunos de los culpados para exemplo; que no le era decente à una persona de su carácter permitir quitar la vida à tanta gente, de la qual la mayor parte eran sus Vasallos, y los habia sacado de los brazos de sus hijos; y sus mugeres para llevarlos à la

Guer-

Guerra. Villaroel se empeñó en esta comision, y le habló un poco fuerte; Vianel le respondió con poco respeto de él, y del Cardenal; y Villaroel creyendo que debía reprimir su insolencia, puso mano à la espada, y riñiendo vigorosamente, le hirió en la cabeza, dejandole como muerto en el suelo; temió la colera del Cardenal, y habiendo buuelto un poco de su primer calor, se salvó en la Ciudadela, donde mandaba uno de sus parientes.

Como estos dos hombres eran necesarios para esta expedicion, el Cardenal sintió por extremo la herida del uno, y la huida del otro, y tanto mas, que siendo el viento favorable, era necesario esperar à Vianel, que estaba mortal en el suelo, para que estuviese en estado de poderlo mover; entonces Alvaro de Salazar, que conducia las Milicias de Toledo, hombre de eloquencia militar, y muy acreditado en las Tropas, fue embiado de comun consentimiento, à sosegar los sediciosos, y lo hizo con tanta destreza, y buena dicha, que comenzaron à hablar de acomodamiento. El Cardenal les embió luego un Trompeta para declararles que iba à pagar à la Armada, y que cada uno entrase en los Bajeles à recibir su distribucion.

Esta novedad los sosegó; y luego que vieron los sacos llenos de moneda, coronados de guirnaldas de flores, que llevaban las Galeras, al ruido de Tambores, y Trompetas, y los Tesoreros asentados para la paga, y que se disponia el dar à cada uno la paga que le tocaba, alegró esta vista sumamente à todos, vinieron en tropa, y como si hubiesen olvidado todo lo que habian hecho, y dicho en su rebelion, entraron en las Galeras, y en los Bajeles; llenóse de gozo el Cardenal de ver este comun regozijo, y se embarcó con ellos un Domingo por la tarde à 13. de Mayo, y resolvió hacer luego partir la Armada; pero mudósele el tiempo, y les obligó à quedar quatro dias sobre la ancora; entretanto habló à todos los Oficiales, y

Año 1509. les ordenó lo que habian de hacer, con tanta afabilidad, é inteligencia, que le obedecian con gusto, y reconocian, que por la fuerza de su genio, y soberanos talentos, sabia gobernar aquella expedicion militar, tan bien, como los que la habian egercido, y estudiado toda su vida.

Robles, cap. 22. Todo estaba así dispuesto, y Vianel ya mejorado de su herida, la Armada se metió en la Mar, compuesta de diez Galeras, de veinte y quatro Navios gruesos, y cantidad de Barcas, y Chalupas; llevaba diez mil Infantes, y quatro mil Cavallos, ochocientos voluntarios que habian seguido al Cardenal con Milicias, con algunos de sus amigos particulares; y estando el viento favorable, abordó al otro día de 17. de Mayo, día de la Ascension de nuestro Señor, al Puerto de Mazalquivir, al ponerse el Sol. Las Centinelas de los Moros descubrieron la Armada Christiana, desde el medio día, y hicieron ahumadas por todas las alturas de sus Montañas, señalando que venia el Enemigo, y que convenia acudir à las Armas. El Governador del Gran Puerto, vino à recibir al Cardenal à la Ribera, y algunas horas despues se reconoció que toda la Armada estaba en el Puerto, sin que fusta alguna se hubiese perdido, ni peligrado.

El Cardenal pasó toda la noche sin dormir, y dió ordenes para el otro día; hizo venir al Conde Navarro, y dijo delante de todos, que este negocio se libraba en él, y que trabajaba por su propia gloria; que en quanto à su persona no pretendia otro merito, que proveer los gastos de la Guerra, exortar las Tropas à obrar bien, y informar al Rey de todo lo que pasase. Habló à los Oficiales, y les animó de tal manera, que eran de parecer de dar aun aquella noche sobre el Enemigo. El Cardenal, que juzgaba que el suceso de esta empresa dependia de la diligencia, concluyó; que ya no se habia de perder tiempo; con esto, al punto del día se advirtió que con-
venia

venia apoderarse de una altura que está entre Orán, y Mazalquivir, que era importante atacar este puesto que los Moros guardaban con menos cuidado, y que de otra manera seria difícil de ganarlo, porque les vendria socorro de todas partes con la señal que habian dado, y que era importante hacer luego abanzar las Galeras, y gruesos Navios ácia Orán, para que batiesen la Ciudad con el cañon, al mismo tiempo que se atacase este puesto; y que no sabiendo los enemigos à donde acudir, abandonarían el uno, y el otro.

La Infanteria salió de los Bajeles el mismo dia, y costeando Navarro la Rivera con la Armada, se acercó à Orán, sin poner cuidado en hacer desembarcar los Cavallos; nunca habia aprobado que se llevase tan gran cuerpo de Cavalleria à un País, donde decia que no habia sino caminos difíciles, y asperos. El Cardenal habiendo sabido esto, salió indignado de la Ciudadela, à donde habia ido à tomar un poco de refaccion, y mandó que prontamente echase à la tierra la Cavalleria; como estaba exactamente informado de la situacion de los Lugares, y sabia que la Nacion Panica es de muchos ardides, y artificios, hizo poner grandes Guardas en la Costa de el Mar, y por la parte de los Valles, que están al pie de las Colinas, que tenia designio de atacar; esta precaucion contribuyó mas que todas las otras, para conservacion de las tropas, y la victoria que se reportó; porque los Moros que estaban en emboscada, no osaron emprender cosa alguna; y si el General, segun los ordenes hubiese puesto en tierra quatro mil Cavallos en todas partes, habrian sin duda hecho piezas à los Infieles.

La presencia del Cardenal dió este dia mucho ardimiento al Egercito, salió de la Ciudadela de Mazalquivir, revestido de Habitos Pontificales; montado sobre una Mula, rodeado de Sacerdotes, y Religiosos, à quienes habia mandado tomar las Armas, y que cantasen el Hym-

Año
1509.

Juan Frias;
art. 17.

Zurit. lib.
8. cap. 30.
tom. 6.
Mariana,
lib. 29. cap.
18.

Año no de la Cruz de Jesu-Christo, con mucha devocion; Fr. 1509. Fernando, del Orden de San Francisco, montado sobre Vexilla Re- un Cavallo blanco, con un Tahali, y la espada sobre el gis, &c. Sayal, iba delante llevando la Cruz Archiepiscopal, como un Estandarte, debajo del qual la Armada habia de combatir. Este espectáculo tan nuevo, suspendió à los Soldados, y Oficiales con nueva admiracion que redobló el ardimiento, y sus Religiosos esfuerzos; hizo poner la Infanteria en batalla en una gran llanura, que está delante la Fortaleza; y porque en esta aceleracion los Soldados no habian podido refrescar, y era Viernes, este Prelado les permitió comer, y despues de esto, subiendo à un Lugar, un poco mas elevado, les habló de esta suerte.

Si los bravos corazones, como los vuestros, tuviesen necesidad de ser animados con discursos, y por personas de profesion militar, yo no emprenderia el hablarlos, que ni tengo eloquencia, ni experiencia en este empleo de Armas, yo dejaria este cuidado à cada uno de estos valerosos Capitanes, que cada dia os han exortado à vencer, y que han acostumbrado à combatir con vosotros; pero en una expedicion, en que se trata de la salud del Estado, y la causa de Dios, yo creo que vosotros me escuchareis, y he querido en el punto del combate, ser aqui testigo de vuestra resolucion, y vuestro valor. Mucho tiempo ha que os estovais quejando de que los Moros saqueaban, y robaban nuestras Custas, y se llevaban vuestros hijos à la esclavitud, que deshonraban vuestras hijas, y vuestras mugeres, y que todos estabamos en peligro de ser sus Esclavos. Vosotros deseavais que se os condujese à estas Riberas para vengar tantas pérdidas, y tantas afrentas: yo lo he pedido à Dios muchas veces en nombre de toda España, y en fin, he resuelto juntar gentes escogidas; tales como lo sois vosotros. Las madres de Familias que nos han visto pasar por los Lugares, han hecho voto por nuestra buelta dichosa; esperan vernos victoriosos, y creen ya que nosotros romperemos los calabozos; que pondre-

¡Vednos en libertad à sus hijos, que los esperan para abrazarlos; vosotros habeis deseado este dia, veis aqui esta Barbara seña, mirad delante de vuestros ojos à los enemigos que aun os están insultando sedientos de vuestra sangre, que esta vista excita nuestro valor; haced ver à todo el Universo que solo os ha faltado hasta aqui ocasion de señalaros en esta Guerra; yo quiero exponerme el primero à los peligros, por tener parte en esta victoria; yo tengo bastante esfuerzo, y zelo para ir à plantar esta Cruz, Estandarte Real de los Christianos, que veis traer delante de mí, en mitad de los batallones enemigos dichoso de combatir, y de morir entre vosotros mismos. Un Obispo no puede mejor emplear su vida, que en la defensa de su Religion. Muchos de mis predecesores han tenido esta gloria, y yo tendré la honra de imitarlos.

A estas palabras quiso meterse à la frente del Ejercito. Nada les excitaba, y enfervorizaba mas, que ver à un Arzobispo septuagenario, fatigado de cuidados, y desvelos, reanimar su vegez con el zelo de la Religion. La veneracion, la piedad, y la admiracion ocuparon el animo de los Soldados, y todo junto les inflamó sus corazones, y en altas voces, para mostrar lo que interesaban en su conservacion, y los Oficiales se acercaron à su persona, y le rogaron que les quitase el cuidado, que tenian de su vida, y les dejase combatir, y creyese que el negocio estaba en estado, que no se arrepentiria de haber entrado en esta empresa. Cedió al fin à las instancias que le hicieron, y considerando su edad, y su Dignidad, dejó todo el cuidado del combate à Navarro. Entonces, postradas todas las tropas, les dió su bendicion, y se retiró à la Ciudadela de Mazalquivir. Encerróse en una Capilla dedicada à San Miguel, y levantadas las manos al Cielo, se oyó que hacia esta Oracion: *Señor, tened piedad de vuestro Pueblo, no abandonis vuestra*

Zurít. lib.
8. cap. 28.

Frias de Bello Orán art.

14.

Año 1509. (*Dios mio*) otro pensamiento, ni otro designio que estender vuestra Santa Fé, y procurar se honre vuestro Santo Nombre; nunca podremos, Señor, si vos no nos asistis con la fuerza de vuestro brazo poderoso. Qué ha de poder la fragilidad humana sin vuestro socorro? El poder, el Imperio, y la virtud, solo en voz se halla; haced conocer à los que os aborrecen, que no los ampareis, y serán confundidos; embiad el socorro de lo alto; destruid la fuerza de vuestros enemigos, y disipadles, para que sepan que no hay otro que vos, que sois nuestro Dios, que combatis por nosotros.

Entretanto el Conde Pedro Navarro, viendo que una grande multitud de Moros, y Numidas, habian ocupado las Colinas, temia que las tropas nuevamente desembarcadas, y fatigadas del trabajo de esta jornada, no pudiesen sostener tan grande accion, y que un mal suceso, al principio, les hiciese desfallecer, y se redoblase el corazon à los Infieles. Por otra parte el dia se acababa, y viniendo la noche en medio del combate, podia mudar de semblante el suceso; discurrió un poco de tiempo, y dejó el Ataque para el dia siguiente, en que se aprovechó del alborozo que tenia todo el Egercito, y con esta resolucion fue prontamente à preguntar al Cardenal lo que parecia mas conveniente. El Cardenal le escuchó largamente, y estando un poco suspenso, le dijo: *Andad Conde, y pelead; Jesu-Christo Hijo del Padre, y el seductor Mahoma, se dan Batalla, y toda tardanza, no solo no es ventajosa, sino injuriosa à la Religión; atacad al enemigo, y tened confianza que vencereis.* Reconocióse despues que éste consejo fue inspirado de Dios, porque el Mesuar de Tremecen, que asi se llama la primera Dignidad del Reyno, llegó tres horas despues que se tomó la Ciudad, con un poderoso Egercito, y no teniendo ya que hacer, se bolvió llevando à casa la noticia de la Victoria de los Españoles.

Habiendo Navarro buuelto al Egercito, le dividió en quatro Batallones, de dos mil y quinientos cada uno; hizo

abanzar la Artilleria que el Cardenal habia hecho desembarcar con diligencia, y dejó un pequeño cuerpo de reserva, à donde embió la Cavalleria para servirse de ella, segun la necesidad. Luego todas las Trompetas tocaron à acometer, y todos los Soldados gritaron: *Santiago, Santiago*, como es costumbre de la Nacion; mandó atacar à los enemigos, y echarlos de las alturas que habian ocupado; marcharon las tropas luego, por caminos malos, y asperos, con grande esfuerzo, y valor, y los Moros de su parte defendian sus puestos à golpes de flechas, y de piedras que arrojaban de lo alto, y como estaban asegurados de su retirada, los mas atrevidos se iban desfilando de tiempo en tiempo para venir à escaramuzas con los Christianos. Los Capitanes habian ordenado, sobre todas las cosas, à los Españoles que no saliesen de los batallones, hasta que fueran dueños de los puestos; pero ciertos valientes de Guadalajara, no pudiendo sufrir la insolencia de los Infieles, y queriendose señalar con alguna accion de valor, se abanzaron; pero fueron luego castigados por su temeridad. Fue muerto Luis Contreras en este encuentro, y cortandole la cabeza los Moros, la embiaron à la Ciudad; todo el Pueblo salia à verla, y los niños se alegraban, y le llevaban por las calles; habia perdido este hombre en otra ocasion un ojo, y asi algunas viejas supersticiosas quando le veian, gritaban que todo estaba perdido, pues el primer hombre que habian muerto era tuerto. Hizose gran ruido con esta cabeza cortada, porque se decia ser la cabeza del Alfaqui de los Christianos, esto es, del Arzobispo, de que los pobres Esclavos en sus calabozos soterraneos fueron extremamente affigidos; pedian por favor que les mostrasen la cabeza, y reconocieron con mucho gozo que no era la del Cardenal.

Entretanto los Españoles hacian todos los esfuerzos para apoderarse de la Montaña, subian valiendose de los pies,

Año 1509. pies, y manos, al favor de una niebla espesa, que se levantó en la altura, y cubria à los enemigos. Ellos llegaron en fin à una fuente de agua clara, que los Moros defendian con mucha tenacidad, y de donde les obligaron à retirarse. Esta fuente fue de gran socorro à los Soldados, que despues de tan largo combate tenian necesidad de refresco. Navarro hizo traer quatro culebrinas que el Cardenal habia embiado, con las quales dispuso una Bateria entre los Jardines, y Casas de la Campaña, y hizo tanto daño à los enemigos, y les cargó tan vigorosamente con algunos Soldados escogidos, que los echó de la Montaña despues de haber hecho un grande estrago. Viendo las tropas que huian los Infieles, les persiguieron sin orden, y se estendieron por toda la llanura que está debajo de Orán. Esta confusion, que podia serles funesta, les fue ventajosa, porque los Moros creyeron mas numeroso al Egercito, de lo que era, y quisieron retirarse à la Ciudad; pero la Cavalleria les siguió tan à tiempo, que no se atrevieron à abrir las puertas, y asi la mayor parte de la Guarnicion se les perdió.

En este mismo tiempo, la Armada batia la Ciudad con muchas Piezas de Cañon, y los enemigos respondian con una Bateria bien aprieta; mas habiendo un Artillero Español desmontado la principal pieza, tiraron despues flojamente, y las tropas del Mar hallaron medio para juntarse con las de tierra. Entonces unos guardaban las avenidas de la Ciudad, à fin de que los fugitivos no pudiesen entrar, y los otros daban asalto, subiendo por sus picas con ligereza increíble, de suerte, que en menos de media hora se vieron seis Vanderas Christianas sobre las Murallas, y poco tiempo despues aparecieron sobre las Torres. Estos mismos que habian subido, no podian creerlo, quando estaba la sangre fria, y tentaron muchas veces en vano bolver à subir. Sosa, que mandaba la Compañia de Guardas del Cardenal, habiendo ganado la pri-

Frias art.
19.
Robles, cap.
22.

Alb. Gom.
lib. 4.
P. d. Martir,
e. ist. 418.
lib. 22.

mer Muralla, gritó *Santiago*, y *Ximenez*, y mostrando la insignia, en que estaba un Crucifijo à un lado, y las Armas de Cisneros al otro, dió la primera señal de la Victoria. Muchos saltaron dentro la Ciudad, y abrieron la puerta à las tropas Christianas.

Hallandose la Plaza conquistada sin saber como, y la Guarnicion hecha y piezas, los habitadores procuraron salvarse como pudieron; los unos se refugiaron en las Mosqueas, los otros se atrincheraron en las principales casas. Algunos se metieron en Batalla en las calles mayores, por vender caraménté su vida; pero entrando toda la Armada confusamente en la Ciudad, ellos corrieron à las puertas por ver si entre esta confusion hallaban medio de escapar. Juzgando Villaroel que no podian huir sino por el camino de Tremecen, se apostó con ducientos Cavallos en aquella parte, y resolvió pasarlos todos à filo de espada; pero alguna Cavalleria Arabe que estaba de emboscada entre los Jardines, para robar amigos, y enemigos indiferentemente, habiendo tirado algunos golpes à los Cavallos Christianos, tomaron todos la huida, creyendo que era el Egercito de Tremecen, y el mismo Villaroel, no tuvo mas firmeza que los otros. Entretanto la Ciudad fue saqueada, no se perdonó, ni condicion, ni sexo, ni edad, como eran enemigos de la Religion. Creyóse que se podia perder toda suerte de humanidad. La noche interrumpió un poco el estrago, y los Gefes mandaron tocar à retirar, dandoles orden à todos de irse à su puesto; pero no fue posible contener los Soldados; ellos bolvieron todos al pillage, y mataron quantos se les pusieron delante; comieronse lo que los Moros tenían dispuesto, y oprimidos del sueño, y del vino, se halló la mayor parte echados, y dormidos, aun juntos à los cuerpos muertos, en las Plazas de Oran, hasta que fue muy de dia.

El Condé Navarro, que era buen Capitan, y que temia las

Año
1509.

Alb. Gom.
lib. 4.

Gundisal.
Egid. de
Oran art. 8.
Alb. Gom.
lib. 4.

Año 1509. las emboscadas de los Moros, no dormía; puso Cuerpo de guardia en todos los Cuarteles, y desde el punto del día visitó la Ciudad, y dió las ordenes necesarias para guardarla. Estando los Soldados desvelados, y viendo à todos lados tantos muertos, y heridos, tuvieron horror de las crueldades que habian hecho con el calor del combate. La piedad sucedió al furor, y ofrecieron quartel à todos aquellos que se habian salvado en las Mosqueas; redujeronlos à rendirse, y fueron à los demás que querian resistirse. Navarro visitó tambien à todos los que estaban fuera, à fin, de que llegando el Cardenal, hallase la Ciudad, no solamente rendida, pero tranquila. De parte de los Moros hubo quatro mil muertos, y mil prisioneros; los Christianos no perdieron sino treinta hombres, todos en el Ataque de la Montaña. El saco fue estimado en quinientos mil escudos de oro. Todos los Soldados se enriquecieron, y se refiere, que à un Oficial solo le tocó de su parte diez mil ducados.

Robles, cap.
22.

Garcia de Villaroel fue diputado para llevar luego la nueva de la Victoria al Cardenal, que la recibió con alegría modesta, y pasó toda la noche rezando Hymnos, y dando à Dios gracias. Al día siguiente partió à Orán por Mar, por evitar los malos caminos, y veía con placer aquellas Murallas, Torres, y Balcones, que sobresalian à lo largo de la Ribera, y que mostraban la grandeza, y riqueza de la Ciudad. Puesto el pie en tierra, hizo llevar delante la Cruz Archiepiscopal, y cantó el *Te Deum Laudamus*, con los Sacerdotes, y Religiosos que le acompañaban; à los Soldados que habian venido en turbas para recibirle, les dió muestras de su aprobacion, y del gran gozo que habia tenido en su Victoria. Entretanto que le conducian, decian à voces: *Vos, Señor, babeis vencido estas Naciones Barbaras*. Ibales dando la bendicion, y repetia por el camino las palabras de David: *No à nosotros, Señor, no à nosotros, sino à vuestro Santo nombre*

Frias de Bello Orán, art.

21.
Alb. Gom.
lib. 4.

se debe dar la gloria. Fue derecho à la Alcazaba, esto es, la gran Fortaleza, y el Governador que habia protestado de no rendirla, sino al Cardenal, salió à recibirle à la puerta, y le dió las llaves de la Plaza, y de los calabozos soterraneos, en que habia 300. Esclavos Christianos, que el Cardenal tuvo gusto de ponerlos él mismo en libertad.

Presentósele el Butin, y despojo, como à primer Cabo de la Armada, y aunque habia cosas ricas, y curiosas, que podian tentar à un hombre menos desinteresado, él las hizo reservar para el Rey, ò para el sustento de las tropas, segun el acuerdo que hizo con Navarro, y no quiso tomar cosa alguna para sí. Hizo llamar à los Oficiales de la Armada, y despues de haberles hecho publicamente un elogio de su valor, les dió las gracias obligadisimamente, por los servicios que habian hecho, y les hizo, segun el merito de cada uno, presentes de collares de oro, y de joyas, y ropas ricas bordadas. Hallaronse en la Villa sesenta Caños gruesos, gran numero de otros instrumentos de Guerra, para tirar flechas, y piedras, y se admiró de que una Plaza tan bien pertrechada, dispuesta para un sitio largo, se hubiese tomado en horas. Dióse lugar à creer lo que decian despues algunos Esclavos, que el Cardenal habia tenido inteligencias dentro de Orán con sus propios Ciudadanos, que habian cerrado la puerta à los Arabes, sobre pretexto de que la saquearian, y sujetarian despues de haberla defendido.

Estos Arabes habian sido llamados por los Moros, y eran los que principalmente habian resistido à los primeros esfuerzos del Egercito Christiano. Esta es una Nacion de Africa, que campa siempre, y vive en los Lugares desiertos, debajo de Tiendas, sin leyes, sin casas, y sin alguna regla de politica, ò sociedad. Los Romanos les daban nombre de Numidas, porque habitan la Numidia, que es una parte de Africa; los Españoles, y los Moros les

Año 1509. les nombran Alarbes, ò Arabes, porque tienen su primer origen de la Arabia desierta, y pasando por Egipto vinieron à Africa, y conquistaron muchas Provincias. Toda su ocupacion es, criar, y mantener Ganados, no tienen fidelidad, ni justicia, ni viven sino de latrocinios; endurecidos en su juventud con el trabajo, y acostumbrados à una vida aspera, y rustica, son muy habiles para la Guerra; empleanse continuamente en hacer presas à los vecinos. Quando los Christianos entran en su País, hacen luego paz con los Moros, y con pretexto de defender su Patria comun, y su Religion, se juntan con ellos. Paganles, y los tienen en Campaña, mas no les dejan entrar en la Ciudad; porque entienden, que con castigo, ni pena alguna no podrán detenerles en sus correrias, y pillages. Si los negocios de los Moros se prosperan, asisten como amigos, y como hermanos; si les sucede ser vencidos, cargan sobre ellos, y son los mas crueles enemigos. Y esta fue la razon porque el Governador de Orán les ordenó à los que guardaban las puertas, que no las abriesen à la Cavalleria de los Arabes, que el Rey de Tremecen habia embiado, teniendolos antes por ladrones, que venian à robar, que por Soldados aficionados à socorrerles.

Pero muchos han entendido que esto fuese artificio de los que tenian tratado la entrega de la Ciudad; lo cierto es, que el Cardenal tenia inteligencia, y sustentaba buenas espías, y que en la derrota de Don Diego Fernandez de Cordova, Governador de Mazalquivir, hicieron los Moros gran numero de prisiones, entre los quales fueron Alonso de Martos, y Martín Argote; y que estos dos Capitanes habian sido encomendados à la custodia de Amer Acanix, uno de los principales de la Ciudad, hasta que pagasen su rescate, y trataron secretamente con él. Algunos han creído, que entretanto que Navarro deliberala, si debía llevar al combate las tropas, nuevamente desembarcadas, le vino aviso secreto al Cardenal, que

no se perdiese el tiempo, que el socorro iba viniendo.

Como quiera que fuese, el Cardenal el dia siguiente à su entrada, montó à cavallo, y dió una buelta à la Ciudad, ordenó lo necesario para reparar sus antiguas fortificaciones, y para las que se habian de hacer de nuevo, y despues de esto, fue à visitar las Mosqueas, y consagró una à honor de nuestra Señora, debajo el titulo de nuestra Señora de la Victoria, y la otra à honor de Santiago Patron, y Protector de España; y porque este dia la Iglesia celebra la fiesta de San Bernardino, que fue Religioso del Orden de San Francisco, muy zelador del alivio de los pobres, y de los apestados, le dedicó el Hospital que fundó para los enfermos; à mas de los Capellanes que allí estableció para el egercicio de la Religion, y para la conversion de los Infieles, hizo fundar dos Conventos de Religiosos, uno de San Francisco, y otro de Santo Domingo; y à fin de que no quedase por hacer cosa de lo que habia declarado habiendo sabido que entre los prisioneros habia muchos Judios, temiendo que los nuevos convertidos de España viniesen à mezclarse con los de Orán, por evitar las penas de la Inquisicion, nombró de su autoridad, en virtud de su cargo personas para dar cobro à esto. No hubo cosa à que no diese providencia, para la seguridad de la Plaza, como General, para el aumento de la Religion, como Obispo.

Despues de la Conquista de la Ciudad despachó à Don Fernando de Vera, hijo del Comisario General de la Artilleria, con Cartas para el Rey, que contenian el progreso, y todas las circunstancias de esta Victoria, este Oficial pretendió esta diputacion con grande instancia; porque además del gozo que él tenia de llevar una nueva tan agradable, deseaba darse à conocer en la Corte, y los Reyes acostumbrauan à hacer mercedes en estas ocasiones. Don Fernando partió con los despachos del Cardenal, siendo hombre joven, dado à los placeres, quiso ha-

Año 1509. hacer su viage con comodidad. Dormía la noche sin inquietud, pasaba el rato despues de medió dia en jugar à los dados, y dormía la siesta descuidado, y ponía el paquete confiadamente sobre una cama, ò sobre una mesa; un Soldado que conocía su humor, quiso seguirle, y tomó, como por casualidad, la misma rota que él; habiendo hallado ocasion de quitarle los despachos la segunda noche, partió con diligencia, y los presentó al Rey, y recibió la merced, y recompensa de su viage. El Cardenal fue avisado, y acordandose de aquel Negro de Granada, que le habia hecho perder la gracia del Rey, dijo à sus amigos, riendo: *Advertid, qué poco dichoso soy en Correos.* Embió esta vez, como la otra al Padre Francisco Ruiz à su Magestad, para darle cuenta de todo.

Ab. Gom.
lib. 4.

Entretanto los de Tremeceen supieron la Conquista, y captividad de la Ciudad de Orán, donde apenas se habian podido salvar ochenta habitadores, y mataron à todos los Mercaderes Christianos que estaban en su Ciudad, y tambien à los Judios, por estar mas unidos con los Christianos que con ellos. El furor del Pueblo fue tan grande, que el Rey no osó salir de su Palacio, aunque tenia gran sentimiento de ver degollar tantos inocentes que estaban debajo su proteccion, y negociaban debajo la fé pública. Despues que esta primera conmocion se sosegó, los atemorizó un repentino rumor, y creyendo la mayor parte que los Españoles estaban en sus puestos, se retiraron hasta el Reyno de Fez.

El Cardenal discurrió por algun tiempo, si se contentaria con la Victoria, ò se entraria en Africa con su Egercito, ò si en consideracion de su edad, y poca salud, dejaría lo demás al Conde Navarro, y bolvería à España. Y aunque conocia las dificultades de esta calidad de Conquistas, y que este género de vida militar no convenia à su profesion; pero su genio le arrebatava à todas las cosas grandes, y quando pensava que olvidaba la glo-

ria de servir al Estado, y sobre todo, de dilatar la Religión por otros cuidados, se sentía mas animoso à proseguir su empresa; pero fue obligado contra la opinion de muchas, y contra su propia inclinacion, à quedarse en esto. Hizo reflexion de que parecia mucha ambicion el llevar sus armas mas adelante; que su vegez, y su Dignidad no le permitian vivir mas largo tiempo en la Guerra; que habia venido à tomar à Orán, y lo habia conseguido sin pérdida de los suyos; que no era prudencia el ponerse à la contingencia de perder su reputacion, y que le seria no menos glorioso nombrar de propia autoridad sucesor para una expedicion tan trabajosa, y muy incierta.

Tubo razones particulares que le obligaron à repasar el Mar. El Conde Navarro, zeloso del honor que se le hacia al Cardenal, decia abiertamente, que él jamás habia creído que un Capitan veterano como él, se hubiese reducido à recibir ordenes de un Religioso, y que un Obispo le hubiese de preferir en el gobierno de un Egercito. Sucedió, que un Soldado de Navarro mató à uno de los criados del Cardenal en una pendencia que tuvieron juntos; el Cardenal le dió grandes quejas al Conde, y éste con la colera descargó su corazon, y le dijo con insolencia: *Que si él fuera dueño de sus Soldados, sabria bien lo que habia de hacer; que le dejase los cuidados de la Guerra, y el daria buena cuenta al Rey, y à España, que su presencia lo arruinaba todo, y que jamás dos Generales habian conducido bien un Egercito; que se retirase à coger el fruto en su Diocesis de las alabanzas de su Victoria; que en caso de tener deseo de quedarse en la Armada, el no habia de estar sino como particular; que todo lo que se haria de nuevo, habia de ser en nombre del Rey Catolico, y no en el suyo, que solamente se le habia dado comision de tomar à Orán, y que ya se habia acabado, ni tenia mas derecho, ni dominio; que cesase de tenerse por General, y que volviese*

Año 1509. *al empleo de su Obispado, y dejase hacer la Guerra à los Soldados.* Despues de esto se salió asperamente, y sin respeto, amenazando de ir à publicar à la frente de sus tropas lo que acababa de decirle en la cara.

El Cardenal no se conmovió à vista de este arrojó, disimuló, y no se opuso à todo lo que Navarro queria hacer. Hizole llamar al otro dia, y le dió sus ordenes, como antes, con dulzura, y con autoridad, no queriendo resistirle su arrebatamiento, contentandose con que su propia conciencia le causase verguenza, y arrepentimiento; pero lo que le affligió, y le determinó à partir, fue una Carta del Rey, que le vino à las manos, por la qual este Principe escribia à Navarro: *Detened à ese buen hombre, que no buelba tan aprisa à España; conviene usar de su persona, y dinero entretanto que se pueda. Detenedle si podeis en Orán, y pensad alguna nueva interpresa.* Las alianzas de estimacion, y amistad que mantenía este Prelado con el Gran Capitan, y la confianza, que la mayor parte de los Señores le profesaban, habian producido en el espíritu de Fernando unos zelos, y sospechas, que jamás pudo vencer.

Alb. Gom.
lib. 4.
Zurit. lib.
8. cap. 30.
tom. 6.

El Cardenal habiendo reconocido las malas intenciones del Rey por su Carta, y considerando tambien, que los grandes calores se acercaban, y que estaba algo cansado de las fatigas pasadas, hizo venir à Navarro, Villaroel, Diego de Vera, y à todos los Coroneles, y principales Oficiales, para declararles el designio que tenia de retirarse à su Diocesis. Dijóles que dejaba al Conde Navarro el mando de su Egercito, y que esperaba con tan buen Capitan, se haría luego dueño de toda la Africa; que conocian bien, que la presencia de un hombre lento, y cansado como él no era ya de provecho, y que la Guerra pedia espíritus vivos, y una edad mas vigorosa; que tambien era de conseqüencia para las tropas, que él fuese à solicitar con el Rey todo lo que les fuese necesario,

rio para mantenerlas; y les rogaba que creyesen que si él le dejaba, no era para perdonar el trabajo, sino para proveerles sus comodidades.

Hizo partir los viveres, y municiones de Guerra que dejaba, y señaló la plata que se habia de emplear en reparar las Murallas, y la manera de recogerla sin ser gravoso al público. Dióles su parecer sobre las correrias que habian de hacer en los Países enemigos, sobre las ventajas que habian de sacar de la Armada, sobre la disciplina que convenia observar en las tropas, y sobre toda la conducta de la Armada; despues dió el gobierno de la Ciudadela à Villaroel, que pidió para su lugar-Teniente à Alfonso de Castilla, uno de los principales Ciudadanos de Alcalá. Todos estos Oficiales quedaron tan obligados de la gran bondad, de que tenian tan seguros testimonios, que le rogaron instantisimamente que no les dejara en esta region enemiga. Ellos habian pasado debajo sus auspicios, nada les habia faltado, todo les habia salido bien, y temian no sobreviniese alguna revolucion en su ausencia. Navarro, sea que quisiese reparar la falta que habia cometido, sea que temiese que el Cardenal se quejase al Rey, sino le aplacase, le mostró mucho respeto à su persona, y mucho mas sentimiento à su partida que ningun otro.

En fin, à 23. de Mayo se embarcó, y tuvo el viento tan favorable, que llegó el mismo dia à Cartagena; habia dejado la Compañia de sus Guardas, y la mayor parte de sus gentes al Governador de Cazorla, y consigo no traía sino algunos de sus domesticos en el Bajel que le transportaba, sin aparato, y sin escolta, queriendo ser el primero en experimentar la seguridad que habia procurado à toda la Costa.

Detuvose una semana en Cartagena, y no se puede imaginar las ordenes, y las providencias que dió de todas las cosas necesarias para la asistencia del Egercito.

Y temiendo ya los grandes calores, partió para Alcalá de Henares; y viendo que la cosecha se acercaba, dió orden que se licenciasen prontamente, y se embiasen à sus casas todos los Labradores que habia llevado à la Guerra, à fin de que no faltase gente para recogerla, y que no se perdiesen los granos, porque era suma la ternura, y piedad para con los Pueblos, y sobre todo, para aquellos que estaban en su dependencia, y dió à conocer esto, poco tiempo despues, nombrando dos Canonicos de la Iglesia de Toledo, para visitar toda su Diocesis, con orden de detenerse en todos los Lugares donde se habian levantado Soldados, ò por donde las tropas habian pasado, y de informarse de los daños que podian haber padecido, y de pagarles en dinero de contado; porque queria mas egecutarlo, pendiente su vida, que dejarlo ordenado por su Testamento.

Año
1510.

○ Su Universidad nombró dos principales Doctores de su gremio, que salieron una jornada à ponerse en su presencia, y les recibió, como suele un padre à sus hijos, despues de haber mucho tiempo que no los ha visto; preguntóles en que estado estaban los estudios en sus Colegios, y si se habian acabado las fabricas, si las leyes estaban bien observadas, y si habia esperanza de disciplinar bien la juventud, si se formaban buenos espiritus, si los Estudios de Teología florecian, y si salian Eclesiasticos sabios, y de buenas costumbres, capaces de servir la Diocesis. Estos Doctores, que solo esperaban les hablase de la Conquista de Orán, y de los negocios de Africa, estaban admirados de ver la aficion que tenia por el adelantamiento de las letras, y estrañaban su modestia. No les dijo una sola palabra de su Victoria, hasta que Hernan Balbas, celebre Teologo, que él amaba particularmente, y que estaba junto à los diputados, le dijo con mucha ingenuidad: *Lo palido y flaco de vuestro semblante, Monseñor, muestra bien las fatigas que habeis recibido, y des-*

ques

pues de la gran Conquista que V. S. I. acaba de hacer, es razon que venga à reposar à la sombra de sus Laureles. Entonces como si le hubiese reprehendido su desidia, y descansando, se le deslizo el decir: No conoceis, Hernando, el vigor, y fortaleza que Dios me ha dado; si la providencia me hubiese permitido que yo tuviese una Armada fiel, seco, y palido, como me veis, yo hubiera en la coyuntura presente plantado la Cruz de Jesu-Christo en las principales Ciudades de la Africa.

Al otra día hizo su entrada en Alcalá, donde fue recibido con aclamaciones extraordinarias. Los Esclavos Moros, marchaban delante de él, y conducian Camellos cargados de piezas de oro, y plata, que habia separado del saco, y destinado para el Rey; llevabanse tambien los Libros Arabigos de Astrologia, y Medicina, con que adornó su Biblioteca; las llaves de las puertas de la Ciudad, y Ciudadela de Orán; los Candeleros, y Vasos de que los Moros se servían en sus Mosqueas; las Vanderas que habian tomado, y muchas otras cosas que hizo poner pendientes en la bóveda de la Iglesia del Colegio mayor de San Ildefonso. Embió à Talavera la llave de una puerta, de que Don Bernardino de Meneses, que comandaba los Soldados de esta Villa, se habia apoderado con un Estandarte rojo, en medio del qual estaba una Luna creciente, que se puso en una Capilla de la Virgen.

Preparose en Alcalá una especie de triunfo; armados los habitadores, y todos los Gremios de la Villa, iban delante, habian echado por tierra un lienzo de sus Murallas para recibirle; pero él quiso entrar por la puerta ordinaria, menospreciando los honores, y ofreciendo siempre las alabanzas que le daban à la asistencia del Dios de los Egercitos; quedó algunos meses en esta Ciudad, para restablecer su salud, y aunque deseaba ir à Toledo para dar solamente las gracias à Dios en su Cathedral, tenia sentimiento de los honores extraordinarios que se le

Año 1510. hacian, y de los cumplimientos que los Grandes del Reyno tenian designio de venir à hacerle; ni quiso pasar à Valladolid, à donde estaba la Corte: *De temor,* (como decia) *de quedar oprimido de las urbanidades frivolas, que sirven de embarazo, aún à la gente ociosa, y son cargas à los que no deben perder el tiempo, y que por su edad, y profesion han de ser serios, y graves.* Entretanto dió parte à su Cabildo de su dichosa buelta, y le encargó ordenase se hiciesen oraciones públicas, à fin de que como habian conseguido por sus votos las gracias que Dios les habia hecho, le ayudasen à darlas à su Divina Magestad. bid

Esto fue à tiempo que recibió grandes querellas de lo que pasaba en Orán despues de su partida. Uno de los Jueces que habia puesto para los negocios de la Guerra, y para reglar las diferencias que ocurririan en la Ciudad, acababa de avisarle que Navarro, y Vianel lo perdian todo por su avaricia; que hacian traer todos los trigos à sus Gráneros; que nada se distribuia sino por su orden; que compraban à vil precio las harinas gastadas, y las vendian al pobre Pueblo como querian; que Vianel habia prohibido à los Lugares vecinos traer viveres à Orán, y que algunas provisiones que habian quedado, estaban ya consumidas, y habia falta de todo en las tropas; que se oponia en vano à estos desordenes, que no le escuchaban, y le amenazaban; que habia resuelto dimitir su Oficio, y bolverse à España; pero que no le daban libertad, temiendo que el Rey se irritaria oyendo sus representaciones; que era cierto que el Conde Navarro era buen Soldado; pero que no tenia abertura alguna de espiritu para negocios civiles; y que en fin, sino se ponía remedio, la Ciudad, que fue tan gloriosamente conquistada, caeria presto en poder de los Infieles. bid

El Cardenal informó al Rey de todos estos desordenes, y le aconsejó que dejase al Conde Navarro el mando del Egercito, y nombrase otro para el gobierno poli-

litico; que no pusièse sino un Governador en Orán, y Mazalquivir, à fin de que estuvièse todo unido debajo de un Cabo, y que la diferencia de pareceres, y zelos de la autoridad, no rebolesen los designios, que podian importar; representóle, que Don Fernando de Cordova, que mandaba en Mazalquivir; era capaz de egercer con honroso acierto ambos empleos; que entretanto su Magestad podia mandar à Navarro salir de Orán, y hacer correrias en el País enemigo; que era necesario poner de Guarnicion en esta Ciudad dos mil Infantes, y trecientos Cavallos. Señalóle tambien las ordenanzas que convenia hacer para que se guardase la Religion, y el Culto Divino; la distribucion de los bienes, la cultura de los campos, y la administracion de la Justicia; acababa con la proposicion que les habia hecho muchas veces de embiar à Orán Cavalleros de qualquier Orden Militar, que alli se estableciesen, como los de San Juan de Jerusalem en Rodas, para oponerse à los esfuerzos de los Turcos, y como los de Calatrava, sobre los confines de Granada, quando Castilla estaba expuesta à las excursiones de los Moros. El Rey hizo todo lo que el Cardenal le aconsejaba, y solo difirió la proposicion, à que dió evasion debajo de diversos Pretextos; porque temió que los Arzobispos de Toledo pretenderian el derecho de nombrar para esta encomienda.

— Estando asi regladas las cosas, el Cardenal no cesaba de exhortar al Rey que prosiguiese las conquistas de Africa, y fue la causa, que por sus urgentes solicitaciones, embió orden à Navarro de atacar la Ciudad de Bugiá. Era este Pueblo mas numeroso, y mas rico que el de Orán, pero menos belicoso, y por eso no dejó de defenderse vigorosamente. El Rey estaba campado debajo la Ciudad con sus tropas, y hacia tirar mas de cien Piezas de Cañon, con las cuales queria abrasar la Armada Española; pero estaba tan mal servida, y gobernada esta

Año
1511.

Año 1511. Artilleria, que casi era inutil. Los Christianos, despues de haber hecho gran fuego sobre los enemigos, les cargaron con tanta resolucion, que entraron mezclados en la Ciudad, donde se hicieron dueños, y el Rey tomó la fuga con una partida de su Cavalleria, sin otra pérdida que la del Conde de Altamira, que disminuyó el gozo de esta Victoria. Este joven, Señor, combatia à la frente de sus tropas, y rechazaba à los Infieles con un ardor increíble; alli fue herido desgraciadamente de una flecha por uno de los suyos, que mandando armar una Ballesta, se le soltó el escorpion, ò muelle; quando sintió el golpe, levantó los ojos al Cielo, y dió gracias à Dios de que moria, con las armas en la mano, por la Religion de Jesu-Christo; despues de haber detenido su sangre como pudo, dijo à los que estaban al rededor, que moria contento despues de haber vencido à los Infieles, que emplearia en ello lo que le quedaba de vida, y que nadie le llorase despues de su muerte; con estas palabras se entró por los enemigos, y combatió valientemente, hasta que debilitado por la pérdida de su sangre, y por los grandes esfuerzos que habia hecho, cayó sobre un Monton de Moros que acababa de matar. Convínose en que fue esto à lo que principalmente se debió la Victoria. Toda la Armada le lloró; Navarro le hizo sus Honras funebres, y un elogio público. El Cardenal tuvo extremo pesar de esta muerte, porque habia reconocido en este valiente joven, en la expedicion de Orán, un grande valor, y sabiduria; habiale hecho Lugar-Teniente General del Egercito, y tenia intencion de procurarle luego que quedase General.

El nombre de Navarro se hizo temido por toda la Africa. El Rey de Bugia vino despues de seis meses con un poderoso Egercito para tomar su Ciudad Real; y este General, à quien los sucesos pasados habian aumentado el corage, fue à buscarle, y le deshizo enteramente, de suerte, que no pudo convalecer, y llevó despues sin Corona,

y sin honor, una vida melancolica, y privada. Pedro de Arias, llamado el Justador, uno de los Coroneles que el Cardenal habia hecho pasar à Africa, hizo grandes servicios en esta Guerra; en el sitio de Bugia, subió de los primeros sobre las Murallas, y habiendo echado abajo un Moro, que guardaba un puesto con una Vandera, plantó la suya, y facilitó la presa de la Ciudad. Tambien quando el Rey vino, habiendosele encargado defender un pequeño Fuerte, con poca Guarnicion, fue atacado, y mantuvo con seis Soldados que le quedaron un asalto de mas de tres horas.

De este mismo Arias se dice, que habiendo caído en una enfermedad grave, que los Medicos juzgaban incurable, iba todos los dias à la Iglesia, donde habia de ser enterrado, y se estendia à lo largo sobre el Sepulcro, despues de haber asistido à la Misa, y se hacia echar agua bendita, y rezar las oraciones de los difuntos, à fin (decia) de acostumbrarse à aquella morada, que habia de ser para tanto tiempo, y de excitarse por esta frecuente representacion de sus funerarias, à morir christianamente quando Dios le llevase de este mundo. Tres meses despues, Navarro ganó à Tripoli, y embió al Governador de esta Ciudad prisionero à Mecina, con toda su Guarnicion. El Rey Catolico, y el Cardenal, por cuyo consejo se hicieron estas conquistas, tuvieron gran gozo de la de esta Plaza, que aseguraba todo el comercio con España, y habiendo llegado estas noticias à Roma, el Papa quedó tan satisfecho, que juntó el Consistorio, donde hizo un elogio del Rey Catolico, del Cardenal y de toda la Nobleza de España, y ordenó la Oracion de las quarenta horas, para obtener de Dios la continuacion de estos buenos sucesos, que se interrumpieron por la muerte deplorable de Vianel, que fue de esta suerte.

Habiendo Navarro adelantado, como habemos dicho,

Año

1511.

Alb. Gom.

lib. 5.

Alb. Gom.
de Rebus
lib. 7.

Zurita lib.

7. cap. 5.

tc. 6.

Ped. Martir,

epist. 413.

lib. 22.

Año 1511. sus conquistas por tierra, se metió en Mar con la Armada, con designio de visitar la Costa de Africa ácia el Oriente; despues de una larga navegacion, abordó en la Isla de los Querquernes, tanto para abastecerse de agua, de que comenzaba à sentir falta, como por reconocer el País, y ver si habia alguna cosa que emprender. Vianel se encargó de ir à hacer la provision de la agua, y estando un poco adelantado la Isla adentro, para observar su provision, descubrió tres pozos que estaban ya abandonados de los Moros, porque habian hecho otros mas lejos del Mar; y no encontrando mas que algunos Pastores que guardaban ganados, y los Labradores que cultivan la tierra, creyó que no habia que temer; bolyó à la Armada, y pidió que le diesen algunos Soldados para limpiar, y acabar los pozos, y se le concedió facilmente. Tomó quatrocientos hombres, y les hizo trabajar con tanta diligencia, que al medio dia ya estaba acabada esta obra. Hizo por su orden una gran trinchera, y plantó palizadas al rededor, para impedir la fuerza de los enemigos; habiendo llegado Navarro à ver este trabajo, estuvo contento de hallarlo ya hecho, y diciendole Vianel que le dejase la guarda de aquel puesto, convino con sentimiento, y dijo al bolver à la Armada: *Vianel quiere defender, como joven, lo que ha hecho como hombre experimentado; necesidad tendremos de tomar el agua en tierra enemiga, en corriente, como los perros la toman en el Nilo.* En efecto, los Barbaros se juntaron al desembarco de los Españoles tumultuariamente, à defender su País; pero no tenian gente para atacar, ni armas para combatir, y todos sus esfuerzos hubieran sido inutiles, si un Soldado Español no se hubiera puesto de parte de ellos, y no hubiese dejado, por desesperacion, las tropas de su Nacion.

Entretanto que se trabajaba en limpiar estos pozos, no dió las ordenes una Centinela tan prontamente como las

las habia recibido. Vianel naturalmente fiero, y colerico, Año
 le maltrató de palabras, y sobre algunas malas excusas. 15 II.
 que le dió la Centinela, se irritó de tal manera, que le
 dió de palos, y para mas deshonra, le arrancó el pelo de
 la barba; picado vivamente este hombre de tan grande
 afrenta, disimuló su resentimiento, y à la noche se fue
 à buscar à los Moros, y prometió entregarles los Espa-
 ñoles. Ellos escucharon esta proposicion con gusto, y
 despues de estar asegurados por las espías, que estaba la
 Guardia dormida, entraron sin resistencia en el Campo,
 y hicieron tal matanza, que apenas escaparon sino tres
 Soldados. Embiaron uno al Rey de Tunez, y otro al Go-
 vernador de Gelbes, para llevar esta nueva. El tercero,
 que habia recibido muchas heridas, quedó entre los
 muertos; y de este se supo lo que habia sucedido en es-
 te fatal caso, la violencia de Vianel, la traycion de la
 Centinela, y la operacion de los Moros.

Navarro embió à Don Diego Pacheco para recono-
 cer la verdad de este suceso, y haciendose à la vela, to-
 mó resolucion de saquear el Reyno de Tripoli, y la Isla
 de Gelbes, à fin de librar las Costas de Sicilia de las ex-
 cursiones, y latrocinios de los Corsarios, y de quitarlès
 el medio de incomodar las Galeras que Don Fernando
 habia dejado. Este General hubiera ganado esta Isla, sin
 mucha pena, si Don Garcia de Toledo, primogenito del
 Duque de Alba, no se hubiese arrojado à la empresa;
 era al fin del mes de Agosto, en la fuerzas de los calores,
 quando este joven, Señor, por una impaciencia indiscreta,
 à pesar de las persuasiones de Navarro, quiso hacer este
 desembarco, y la Armada con falta de agua, y que sufría
 ya sed, fue del mismo parecer. Los Moros, que sabian el
 estado de la Flota, pusieron al rededor de los pozos di-
 versos vasos de arambre, que pendían de unas cuerdas,
 no dudando que los Christianos buscasen el refrescar,
 por la gran fatiga del desembarco, del calor excesivo
 de

Año de este País arenoso, y la falta de agua en que estaban.
 1511. Sucedió el caso como los Infieles habian previsto. Después de una marcha de dos horas, comenzaron las tropas à desmandarse, y se echaron al rededor del pozo, bebian los unos ciegameute, y los otros sacaban agua con pena. Todos pensaban unicamente en extinguir la sed; los Moros que habian puesto su Cavalleria en emboscada entre Palmas, y Olivos, cargaron por todas partes, dejandose matar sin defensa, y apenas pudieron arrojar los vasos de las manos. Don Garcia, y algunos Oficiales quisieron resistir à estos Barbaros; pero fueron oprimidos de la ventaja, y hechos piezas. Murieron estos dias quatro mil Soldados, y Oficiales Españoles; los unos de sus heridas, y los otros de sed; los que tuvieron tiempo de alcanzar la Armada, no fueron más dichosos, porque las mugeres, y muchachos que estaban en los Bajeles, pensaban que se saqueaba la Isla, y habian empleado lo poco de agua que les quedaba en limpiar alguna ropa, y vasos de la Armada. Navarro se retiró con un extremo pesar, y este fue el principio de las desgracias. Creyóse que esta pérdida habia sido por falta suya; el Duque de Alba se irritó contra él, y el Rey, tres años después, le dejó, quando fue preso de los Franceses en la batalla de Rabena. De esta suerte, por odios particulares, y aborrecimientos, y causas aparentemente falsas, este Capitan, que habia hecho tan grandes servicios, y que era capaz de hacer mas, fue olvidado en su prision. Entró después en servicio de la Francia, y habiendo sido otra vez hecho prisionero por los Españoles en las Guerras de Italia, dicen que se hizo matar él mismo, impaciente de tan tristes sucesos, en el Castillo de Napoles, donde estaba encerrado.

Bolviendo à las cosas del Cardenal, después del ruido de la conquista de Orán, y que se habian pasado los tiempos de cumplimiento, se fue à Toledo, para satisfacer à el deseo que el Cabildo tenia de verle, y principalmente

para cumplir los Votos que habia hecho, y las acciones de gracias que habia ofrecido à Dios en su Cathedral; y además de las oraciones que hizo entonces, fundó dos Misas solemnes todos los años, en memoria de esta Victoria, y algun tiempo despues hizo un presente de veinte mil escudos à esta Iglesia, para renovar la Plata, y los Ornamentos que servian à los Divinos Oficios.

Parece que el Cardenal habia de gozar en reposo la gloria que habia adquirido. Acababa de hacer servicio tan importante al Estado, y no pensaba sino en las Visitas de su Diocesis; pero por causa de la conquista de Orán, le sobrevinieron dos negocios de gran pesadumbre, el uno miraba à los gastos de la Guerra, que el Rey reusó restituírle, el otro à la jurisdiccion espiritual de esta nueva conquista, en que quiso un Obispo titular introducirse; es del caso contar aquí las dificultades que encontró en el uno, y en el otro caso, y la firmeza con que las superó.

Antes que emprendiese la Guerra de Africa, representó al Rey Católico que queria levantar tropas, y sustentárlas à sus expensas todo el tiempo que fuese necesario; pero que aunque se entendiese que sus rentas estaban bien empleadas en un negocio de la Religion; consideraba que era Patrimonio de la Iglesia, destinado particularmente para las necesidades de su Diocesis, que así esperaba que su Magestad, despues de haber dado las ordenes à su Consejo de Hacienda, le daria el dinero que habia adelantado. El Rey consintió, y se obligó en buena fé; pero despues de la buelta del Cardenal, se mostró aspero contra él, y reusó satisfacerle. Algunos Señores de la Corte prevalecieron contra él en su ausencia, los que habia reprimido durante el tiempo de su gobierno, tenían aun resentimiento, y buscaban medio de vengarse. Los otros, zelosos de su gloria, habian resuelto abatírle, y todos juntos prevenían, que vivirían sujetos en tanto que Don Fernando, y el Cardenal estuviesen unidos en la afición,

Zurit. lib.
8. cap. 28.
tom. 6.
Ped. Martir
epist. 423.
lib. 22.

Año 1511. è interés; y pensaron en dividirlos. Ellos se persuadian à que podrian en alguna forma perder al Cardenal, y que vendrian de esa suerte à derribar à Don Fernando, y que saldrian de la obediencia de un dueño que aborrecian secretamente, porque le habian ofendido, y que reconocian que estaba resentido.

Asi luego que ellos huvieron reconocido por las acciones, y discursos del Rey alguna tibieza ácia el Cardenal, à causa de las diferencias que tenian, tocantes à las preparaciones de la Guerra, no cesaron de animarle, y se oponian fuertemente à los designios del Cardenal, quien solo por la grandeza de su animo, y por la fuerza de su justicia, pudo vencer las contradicciones que le buscaban, y oponian. Despues de haber salido con su empresa de Orán, le acusaron que habia abierto las Cartas que el Rey habia escrito al Conde Navarro, contra el Derecho comun, y respeto debido à la Magestad Real. Ello es cierto, que gravado de las oposiciones que hallaba en la Corte, y de los malos oficios que se le hacian habia ordenado, pasando à Africa, à todos los Governadores de los Puertos, que le remitiesen todos los paquetes de las Cartas que venian de España, y que habia sido fielmente advertido, ò por las correspondencias que tenia en la Corte, ò por los confidentes del Conde Navarro, de todo lo que los Ministros, y el Rey mismo le escribian mas secreto, y así no justificaba mas este punto, y se contentaba con decir, que habia mandado dar las Cartas sin abrirlas; dando à entender con esto, que habia tenido aviso de todo, dejando correr sobre esto las congeturas. Cargabanle tambien, que habia creado Oficiales à su eleccion, y que habia afectado ser independiente, pero mostraba los Poderes que tenia del Rey, y probaba que no habia hecho cosa contra su orden. Como estas calumnias, y muchas otras no dejaban de hacer impresion en el animo de Don Fernando, se le persuadió facilmente à que